SINOPSIS

EL TREN DE LOS 998

La historia escrita en servilletas

¿Se puede recordar sin odio cuando descubres que tu propio abuelo fue el verdugo?

Berlín, 2024. Martín Otero, un experimentado periodista de investigación obsesionado con rescatar las voces de los conflictos olvidados, recibe una llamada que cambiará su vida. Al otro lado de la línea, una anciana alemana carga con una culpa heredada y una caja de zapatos que esconde un tesoro maldito: el diario secreto de Salomón Neumann, un rabino de Mannheim que logró sobrevivir al horror de los campos de concentración de Theresienstadt y Bergen-Belsen.

No es un documento común. Ante la escasez de papel y la inminencia de la muerte, el rabino grabó sus vivencias con carbón sobre servilletas, etiquetas de pan y retazos de biblias. En sus páginas no hay espacio para el rencor; hay una crónica urgente sobre la resistencia espiritual y el valor de los pequeños milagros cotidianos. Pero el diario encierra un secreto familiar devastador: el hombre que cerró las compuertas del último tren hacia la libertad fue el propio abuelo de la anciana.

A través de una rigurosa y absorbente investigación digital que conecta los callejones de Budapest con los archivos desclasificados de Varsovia, Madrid y Buenos Aires, *El tren de los 998* desentierra la odisea real de un convoy de prisioneros que en febrero de 1945 llegó a la frontera suiza. Allí, un comandante desafió las órdenes del Estado para abrir la puerta a ciento diez almas, mientras las ochocientas ochenta y ocho restantes eran devueltas al infierno.

César Luis Adarmes Rodríguez debuta en la no ficción literaria con una crónica conmovedora y éticamente implacable. Caminando con maestría sobre la delgada línea que separa la verdad histórica de la necesidad narrativa, esta obra no solo rompe el silencio sobre el destino de treinta y dos niños sin nombre, sino que transforma el libro mismo en un testamento interactivo. Una lección magistral de que la memoria humana no necesita grandes monumentos de mármol; a veces, solo le basta una servilleta doblada en el fondo de un bolsillo.

Abre este libro. Encuentra un nombre. No dejes que muera.

EL TREN DE LOS 998

La historia escrita en servilletas

César Luis Adarmes Rodríguez

EL TREN DE LOS 998

La historia escrita en servilletas

© 2026, César Luis Adarmes Rodríguez.
Todos los derechos reservados.

Nota de exención de responsabilidad:

Esta obra es una reconstrucción literaria basada en una rigurosa investigación de hechos reales. Los nombres de algunos personajes y testigos colaterales han sido modificados con el único propósito de proteger la identidad, seguridad e intimidad de sus familiares vivos.

Primer Manuscrito: Mayo, 2026
VENEZUELA

DEDICATORIA

la memoria de los desaparecidos durante la Segunda Guerra Mundial.

A los que no tuvieron ni una servilleta para escribir su nombre.

A los que tuvieron una servilleta y la llenaron de nombres ajenos antes de morir.

A Ilona, cuyo apellido se perdió en un vagón de ganado.

A Zsófia, que creció tarareando una nana que nadie más recordaba.

A David, que construyó un violín con una cuchara y un cordón de zapato.

A Salomón, que escribió sobre el pan compartido como único milagro posible.

A Paul Grüninger, que abrió una puerta cuando todos decían que la cerrara.

A Greta, que calló sesenta años y luego habló.

A Klara, que cargó con la vergüenza de un abuelo que no fue su culpa.

Y a ti, que hojeas estas páginas.

Elige un nombre. Cualquiera. Escríbelo al final del libro.

Ese nombre vivirá mientras este libro exista.

La memoria no necesita grandes monumentos. A veces, solo una servilleta doblada en un bolsillo.

Para los 998 del tren, y para todos los que viajan en trenes sin nombre.

PRÓLOGO

El tren de los 998

Esto ocurrió en febrero de 1945.

Un tren con 998 judíos —hombres, mujeres, niños— partió del campo de Bergen-Belsen rumbo a la frontera suiza. Llevaban pasaportes falsos y una esperanza frágil.

En St. Margrethen, el comandante Paul Grüninger recibió una orden: devolverlos a Alemania. Desobedeció. Abrió la puerta a 110 personas. Los otros 888 regresaron a los campos. La mayoría murió.

Entre los 110 que entraron estaba Salomón Neumann, un rabino de Mannheim. Durante su cautiverio en Theresienstadt y Bergen-Belsen, escribió un diario en servilletas, etiquetas de pan y recortes de periódico. No escribió sobre el odio. Escribió sobre la resistencia espiritual y la urgencia de recordar.

Ese diario desapareció durante décadas. Hasta que una caja de zapatos, una enfermera alemana arrepentida y un periodista obstinado lo rescataron del olvido.

A través de sus páginas, este libro sigue el rastro de los 998. Nombra a Ilona, la madre que no quiso entrar sin su hija. A David, el niño que fabricó un violín con una cuchara. A los 32 menores sin identidad. También indaga en los que cerraron la puerta: el abuelo de la enfermera, los burócratas suizos, la Cruz Roja que miró hacia otro lado.

Es una crónica de personas comunes ante preguntas incómodas: ¿Qué es peor, el que mata o el que mira hacia otro lado? ¿Se puede recordar sin odio? ¿Qué debe hacer quien descubre que su propio familiar fue verdugo?

Las respuestas están en estas páginas. También en los archivos de Arolsen, en el cementerio de St. Gallen, en una nana húngara grabada en un asilo de Budapest. Y en una servilleta amarillenta que aún conserva el nombre de Ilona.

Este es su tren. Estos son sus 998. No los olvides.

CAPÍTULO 1

El ático de Zúrich

Berlín, 3 de noviembre de 2024.

Martín Otero nunca había creído en las casualidades. Tampoco en los fantasmas. Pero ambas cosas estaban a punto de convertirse en lo mismo.

Llevaba quince años cubriendo guerras olvidadas, genocidios silenciados, fosas comunes que nadie quería exhumar. Era un periodista de los que ya no existen: de los que creen que un nombre escrito a tiempo puede ser una lápida. Por eso había aceptado aquel trabajo para la *Revista de las Ausencias*, una publicación digital sin publicidad ni lectores, financiada por un filántropo suizo que firmaba los cheques con el membrete "Por si alguien quiere recordar".

La llamada llegó un martes lluvioso, cuando Martín estaba traduciendo un informe de la ONU sobre desplazados en el Cuerno de África. Era una mujer mayor, con acento alemán y voz de quien ha llorado mucho en silencio.

—¿Señor Otero? —dijo—. Me llamo Klara Bergmann. Mi madre murió la semana pasada. Me pidió que la enterrara con un libro. No un libro cualquiera. Un cuaderno escrito a mano. Cuando lo abrí… no entendí nada. Necesito que alguien que sepa de estas cosas lo vea.

—¿Qué clase de cuaderno? —preguntó Martín, sin apagar el cronómetro del té.

—Un diario. De la guerra. Pero no es un diario normal. Habla de… de recordar sin odio. Yo no puedo leerlo entero. Me duele. ¿Usted puede venir a Zúrich?

Martín dudó. Zúrich en noviembre es gris y cara, y su presupuesto apenas alcanzaba para el alquiler de una habitación en Neukölln. Pero la palabra "recordar" siempre lo desarmaba.

—No puedo prometerle nada. Pero si me paga el tren…

—El dinero no es problema. Venga.

Zúrich, 5 de noviembre de 2024.

El apartamento de Klara Bergmann olía a naftalina y a café de filtro. Estaba en el tercer piso de un edificio de los años treinta, con balcones de hierro forjado y vidrieras que daban a un patio interior lleno de hiedra. Klara tenía ochenta y dos años, las manos manchadas de manzana asada y una mirada que aún recordaba el miedo.

—Mi madre se llamaba Greta —dijo, mientras servía el café en tazas de porcelana tan delgadas que parecían transparentes—. Trabajó de enfermera en Rheinau, en el hospital psiquiátrico. Un día de 1951 llegó un hombre demacrado, con números tatuados en el brazo. Era un rabino. Nadie más quiso atenderlo. Ella sí.

—¿Y el diario?

—Él se lo dio antes de morir. Le dijo: "Guárdelo. Dentro de cincuenta años, cuando yo sea polvo, alguien lo encontrará". Mi madre lo escondió en el ático. Nunca me habló de él. Pero antes de morir, me hizo prometer que no lo quemaría. Que buscaría a alguien como usted.

Klara desapareció en el pasillo y regresó con una caja de zapatos atada con un cordel de yute. Dentro, envuelto en un trapo de lino, estaba el cuaderno.

No era un cuaderno cualquiera. Era un libro hecho de retazos: servilletas cosidas, papeles de estraza, recortes de periódico, páginas arrancadas de biblias en alemán y hebreo. Las cubiertas eran dos trozos de cartón de una caja de galletas. En la primera página, alguien había escrito con carbón:

“Si tú, quien lee esto, decides hoy dar agua a alguien, entonces mi tren nunca llegó a los campos. Llegó a tu corazón.”

Martín levantó la vista. Klara estaba llorando en silencio.

—¿Quién fue ese hombre? —preguntó Martín.

—Se llamaba Salomón Neumann. Era rabino en Mannheim. Deportado a Theresienstadt en 1943. Luego a Bergen-Belsen. Sobrevivió. Llegó a Suiza en un tren… en un tren de locos. Mi madre nunca me contó los detalles. Pero en ese cuaderno está todo. Y también algo que ella no se atrevió a decirme.

—¿Qué cosa?

Klara tomó aire.

—Que el hombre que cerró la puerta del tren era el abuelo de mi padre. Nuestro familiar. Heinz Keller.

El silencio se hizo tan denso que Martín oyó su propio pulso.

—¿Y usted quiere que yo publique esto?

—No lo sé —susurró Klara—. Pero mi madre sí. Por eso se lo dejó a usted.

Martín cerró la caja de zapatos con cuidado. Por primera vez en años, sintió que había encontrado no una historia, sino un lugar al que pertenecer.

Anales de la Cruz Roja, informe complementario, 18 de febrero de 1945.

“El tren número 998, procedente de Bergen-Belsen, llegó a la estación fronteriza de St. Margrethen a las 06:15 horas del 15 de febrero de 1945. Transportaba 998 pasajeros, de los cuales 110 fueron admitidos en territorio suizo por decisión unilateral del comandante del sector. Los restantes 888 fueron devueltos a Alemania. Entre ellos, 32 menores de edad no acompañados. Se desconoce su paradero posterior.”

La vida en Theresienstadt

I. “La ciudad modelo” que era una trampa

Theresienstadt, llamado Terezín en checo, fue construido en el siglo XVIII como una fortaleza militar. En 1941, los nazis lo transformaron en un gueto y campo de concentración. Pero no era un campo cualquiera: lo diseñaron como una “ciudad modelo” para engañar al mundo. Allí enviaron a judíos prominentes de Checoslovaquia, Alemania, Austria y los Países Bajos: intelectuales, artistas, científicos, rabinos como Salomón Neumann. La propaganda nazi lo presentaba como un lugar donde los judíos “vivían en paz” mientras los campos de exterminio funcionaban en el este.

La realidad era otra. En una fortaleza pensada para 7.000 soldados, los nazis llegaron a hacinar a 60.000 prisioneros. Las barracas eran húmedas, las raciones de hambre, el tifus y las enfermedades intestinales mataban a diario. Los ancianos y los enfermos eran deportados a Auschwitz en transportes de ancianos que los judíos llamaban viajes sin retorno.

Sin embargo, Theresienstadt tuvo una paradoja cultural única: los nazis permitieron y a veces fomentaron la vida artística porque les servía para la propaganda. Se representaron obras de teatro, se dieron conferencias, se cantó en coros, se pintó en secreto. Los niños, como David F., aprendieron canciones, montaron obras como *Brundibár* y recibieron clases en secreto de sus profesores deportados. Fue un intento desesperado de preservar la humanidad en medio de la deshumanización.

Salomón Neumann llegó allí en junio de 1943. Anotó en su diario:

“Tiene jardines, sí. Bancos de madera, farolas, hasta una biblioteca. Pero los jardines están regados con las lágrimas de los que saben que aquí solo se viene a esperar. Esperar el tren del este.”

II. Rutina diaria: entre el hambre y la resistencia

Un día en Theresienstadt comenzaba a las 5 de la mañana con el recuento. Los prisioneros se alineaban en la plaza, temblando de frío o de fiebre. Los que faltaban eran buscados; si los encontraban muertos en el barracón, se anotaba como baja natural. La comida consistía en una sopa aguada al mediodía y un trozo de pan duro por la noche. A veces, un poco de margarina o mermelada falsa.

Los judíos trabajaban en talleres, lavanderías, cocinas o en la construcción de nuevas calles (para la propaganda). Salomón fue asignado a la sala de clasificación, donde decidía quién iba a trabajar y quién al transporte. Esa tarea le causó un profundo malestar moral, como refleja su diario.

Por la noche, en los barracones, se organizaban tertulias clandestinas. Se enseñaba hebreo, se discutía sobre filosofía, se recordaban recetas de cocina de antes de la guerra. Los niños dibujaban con carbón en papeles de estraza. David aprendió a hacer un violín con una cuchara porque un profesor le había enseñado que «la música no necesita instrumentos caros, solo necesita corazón».

La esperanza era frágil. Cada mes llegaba la orden de transporte hacia el este. Los nombres de los deportados se pegaban en un tablón. La gente lloraba, se despedía, se aferraba. Salomón escribió:

“Hoy vi cómo se llevan a los viejos. Los subieron a la rampa a las cinco de la mañana. Una mujer no más de sesenta años se aferró a su hija. El oficial las separó de un bastonazo. La madre cayó al suelo mojado. La hija gritó: '¡Mamá!' El oficial señaló a la hija con 'sí', y a la madre con 'no'.”

III. La visita de la Cruz Roja y el engaño

El momento más cínico ocurrió el 23 de junio de 1944. Una delegación de la Cruz Roja visitó Theresienstadt para evaluar las condiciones. Los nazis prepararon la farsa durante semanas: pintaron las fachadas, plantaron rosales, crearon tiendas falsas, ensayaron obras de teatro. A los niños les dijeron que, si no sonreían, los pegarían. Así que David sonrió. Salomón también. Todos sonrieron.

La delegación recorrió el campo con cámaras. Vieron la escuela, el banco de madera, la biblioteca. Oyeron a los niños cantar *Brundibár*. Aplaudieron. Algunos lloraron de emoción. Luego se fueron a comer a un hotel de lujo en Praga.

El informe de la Cruz Roja concluyó que las condiciones en Theresienstadt eran "adecuadas" y que los internados no "mostraban signos de malnutrición". Ese informe selló la suerte de miles de personas. Las deportaciones continuaron. Poco después, la mayoría de los niños artistas de *Brundibár* fueron enviados a Auschwitz.

Salomón escribió esa noche:

"La Cruz Roja sabía. Todos sabían. Pero el mundo eligió no creer. El pecado del olvido comenzó antes de que acabara la guerra."

Greta, décadas después, añadió una nota al margen:

"Mi abuelo recibió una visita de la Cruz Roja en St. Margrethen tres meses después del tren. Le preguntaron por los 888. Él dijo: 'No sé nada'. Le creyeron."

IV. El arte como resistencia

A pesar de todo, la cultura floreció en Theresienstadt como un acto de desafío. Se representó la ópera *Brundibár* 55 veces. Los niños, disfrazados de animales, cantaban sobre la justicia y la amistad. Los adultos dibujaban, escribían poemas, componían música. Más de 2.000 dibujos de niños de Theresienstadt se conservan hoy en el Museo Judío de Praga. En ellos se ven flores, casas, personas sonriendo junto a alambradas. La esperanza no se rindió nunca del todo.

Salomón fue testigo de uno de esos conciertos clandestinos. En la servilleta número 12 dejó escrito:

"Un niño, un violín de cuchara, una canción. Eso es todo lo que nos queda. Pero con eso, basta."

Theresienstadt no fue un campo de exterminio técnico, pero fue una antesala del infierno. Desde allí partieron 88.000 personas hacia Auschwitz. Solo sobrevivieron 3.500.

Salomón Neumann fue uno de los que salió con vida, pero perdió a su esposa, a su familia, a su mundo. El diario en servilletas que él escribió es uno de los pocos documentos que testimonian esa resistencia silenciosa.

CAPÍTULO 2

Theresienstadt, 12 de junio de 1943

(Fragmento del diario de Salomón Neumann, páginas 1-7)

Hoy cumplo tres semanas en este lugar que los nazis llaman "ciudad modelo" y nosotros llamamos la antesala del infierno. Tiene jardines, sí. Bancos de madera, farolas, hasta una biblioteca. Pero los jardines están regados con las lágrimas de los que saben que aquí solo se viene a esperar. Esperar el tren del este.

He decidido escribir en servilletas porque el papel es lo único que se puede esconder. Las escondo debajo de mi colchón, junto con una cuchara de madera y una foto de mi esposa (la que me dejan, porque las otras se las quedaron). Mi mujer se llama Esther. Está en el barracón C-3. La veo una hora al día, cuando nos permiten sentarnos en el banco de la plaza, sin tocarnos, sin hablar demasiado porque los guardias se aburren y los aburridos pegan.

Hoy pasó algo que me obliga a escribir.

Un niño de unos siete años, flaco como un garfio, me preguntó: “Rabino, si Dios existe, ¿por qué no me da un pan?”.

No supe qué responderle. No porque no tuviera una respuesta teológica. Porque en ese momento vi que el niño no pedía una explicación. Pedía que alguien lo mirara a los ojos. Y eso hice. Lo miré. Le dije: “Dios no puede darte un pan. Pero yo puedo darte la mitad del mío”.

El niño se fue con un cuarto de pan duro. No dio las gracias. Pero antes de irse, me dijo: “Entonces Dios eres tú”.

Esa noche, mientras los demás roncaban o gemían, escribí esto en la servilleta número 3:

“No hay Dios en los campos. Lo mataron al llegar. Pero su fantasma sigue caminando entre nosotros cada vez que alguien comparte su pan. El milagro no es que Dios nos salve. El milagro es que nosotros, a pesar de todo, sigamos compartiendo el pan.”

Mañana me han asignado a la sala de clasificación. Allí se decide quién vive y quién va al este. Ya sé lo que significa "ir al este". También sé que no puedo hacer nada para evitarlo. Pero he decidido algo: cada nombre que pase por mis manos, lo escribiré en mi memoria. No para vengarlos. Para que alguien, algún día, pueda decir: “Existieron”.

Nota de Martín Otero, presente de investigación.

(Al dorso de la servilleta número 3, alguien escribió con letra distinta, más temblorosa, en alemán:)

“He leído esto sesenta años después. Soy la hija del hombre que cerró la puerta. No sabía que los ángeles también escriben en servilletas. Perdón. Perdón. Perdón.”
(Análisis caligráfico posterior determinaría que esta nota fue escrita por Greta Hollander, enfermera de Rheinau, en algún momento entre 2005 y 2010.)

Nuevo fragmento del diario – "La selección de la rampa".
Theresienstadt, octubre de 1943 – Servilleta nº 8.

Hoy vi cómo se llevan a los viejos. Los subieron a la rampa a las cinco de la mañana. La lluvia helada caía sin piedad. Yo estaba en la fila de al lado, con los que todavía podían trabajar. Un oficial de las SS paseaba con su bastón, señalando: “Tú, tú, tú no”.

Los que señalaba con "no" se iban al este. Al este verdadero. El de las chimeneas.

Una mujer, no más de sesenta años, se aferró a su hija. La hija tenía cuarenta, pero parecía de ochenta. La abrazó. El oficial las separó de un bastonazo. La madre cayó al suelo mojado. La hija gritó: “¡Mamá!”. El oficial señaló a la hija con "sí", y a la madre con "no".

La madre se levantó. Tenía la cara ensangrentada. Sonrió. Le dijo a su hija: “No llores. Yo ya viví. Tú tienes que contar”.

Yo estaba a tres metros. Vi todo. Escribo esto con carbón en una servilleta robada de la cantina de los guardias. Mi mano tiembla tanto que las letras parecen borrachas.

La hija subió al tren de los que se quedan (los que trabajan, los que sobreviven otro día, los que están al otro lado de la rampa). La madre subió al otro. El que va al este.

Yo también subí al tren de los que se quedan. Por ahora. Pero sé que algún día me señalarán con el "no". Y entonces, ¿quién escribirá mis palabras?

Por eso escribo ahora. Aunque duela.

CAPÍTULO 2.1

La lección de la cuchara (y el estreno de *Brundibár*)

I. Theresienstadt, 23 de agosto de 1943 (Diario, servilleta nº 12)

Hoy conocí a David de verdad. No el niño del pan, sino al que ríe por las noches en el barracón de al lado. Tiene ocho años, pero sus ojos tienen ochenta. Me contó que su madre murió en el vagón al llegar. No dijo cómo. Solo dijo: "Se durmió y no despertó". Los niños aquí aprenden pronto a usar palabras pequeñas para las cosas grandes.

Lo encontré detrás del lavadero, con una cuchara de madera y un hilo de sisal. Estaba construyendo algo.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Un violín —dijo, sin levantar la vista.

—Con una cuchara no se hace un violín.

Entonces él me miró. Y por un momento fui yo el niño.

—Mi papá tocaba el violín —dijo—. Los domingos en Mannheim. Él decía que la música era más fuerte que los cañones. Ahora no tengo violín. Pero tengo esta cuchara. Y mientras la ate bien, puedo imaginarme que suena.

Me quedé en silencio. Luego me quité el cordón de mi zapato derecho (el izquierdo ya lo perdí) y se lo di.

—Con esto quedará más firme —le dije.

[Con sangría] David sonrió. Una sonrisa rota, como una taza pegada con engrudo, pero era una sonrisa.

—Rabino —dijo—, ¿usted cree que Dios oye la música de una cuchara?

—Dios oye hasta el silencio —respondí—. Pero la cuchara la oímos nosotros. Y nosotros somos los que tenemos que recordar.

Esta noche, en el barracón, alguien silbó una canción. Era la canción que los niños ensayan en secreto. Se llama *Brundibár*. La escribió un compositor llamado Hans Krása, que también está aquí. Los nazis permiten los ensayos porque filman todo para una película de propaganda. Quieren mostrar al mundo lo "felices" que somos. Pero los niños se saben el truco: cuando la cámara gira, sonríen. Cuando se apaga, cantan en serio.

David me confesó que él canta en el coro. Hace del petirrojo. Su única línea es: "Quien ama a los demás, nunca está solo".

—¿Eso es verdad, rabino? —me preguntó antes de dormirse.

No supe qué responder. Pero escribí su pregunta en esta servilleta. Para cuando crezca y pueda leerla.

Posdata: El violín de cuchara se rompió ayer. David lloró. Pero luego ató los pedazos con otro hilo. Dijo que ahora era un violín "para tocar notas rotas". Creo que ese niño es más sabio que todos los rabinos de Mannheim juntos.

Nuevo fragmento del diario – "El fondo del pozo".
Theresienstadt, invierno de 1944 – Servilleta nº 19.

El invierno ha mordido el barracón. El río Ohře se ha congelado. Los niños juegan al borde del hielo, porque los niños siempre juegan, incluso cuando no hay nada que comer. David no juega. Mira. Él ya perdió la infancia en los dedos congelados que atan cucharas.

Hoy un niño pequeño, uno que llegó la semana pasada de Holanda, resbaló en el hielo. Cayó al agua negra. Gritaba. Los guardias estaban en la garita, viendo, fumando. Uno de ellos dijo: "Que se ahogue, uno menos".

Nadie podía mover un dedo. Había una orden: si alguien tocaba el hielo, lo fusilarían. El niño se hundió dos veces. La tercera ya no salió.

David me agarró la mano. La suya era un témpano. Me susurró: "Rabino, ¿Dios lo vio?".

No supe qué responder. Pero esa noche escribí en la servilleta nº 19:

"Dios no vio al niño. Porque Dios se fue de Theresienstadt en el primer tren hacia el este. Lo que queda aquí es la humanidad. Y la humanidad, a veces, también se ahoga en el hielo."

Luego rompí la servilleta. La pegué con engrudo. No quiero que David lea esto nunca. Pero alguien tiene que saber que hubo un niño que se ahogó mientras los verdugos fumaban.

II. Praga, 18 de noviembre de 2024 (Martín Otero)

La librería de segunda mano estaba en Josefov, el barrio judío de Praga, a dos pasos del viejo cementerio donde los muertos yacen apilados en capas porque no había espacio. Martín había viajado desde Zúrich con una única pista: el nombre "David" y la palabra "Theresienstadt".

La librera era una mujer de unos setenta años, con gafas de concha y un jersey de lana que olía a tabaco. Se llamaba Ružena. Cuando Martín le mostró la foto de la servilleta número 12, ella palideció.

—Esa letra —dijo, señalando el hebreo garabateado al margen—. Es la escritura de un niño. ¿Dónde encontró esto?

—En un diario —respondió Martín—. De un rabino que estuvo en Theresienstadt. Busco a un niño llamado David. Hoy tendría ochenta y siete años. Cantaba en el coro de *Brundibár*.

Ružena se levantó sin decir palabra, caminó hacia el fondo de la tienda y regresó con un libro de tapa roja, descolorido por el sol. Era el programa original de la función de *Brundibár* del 23 de septiembre de 1943.

—Mire —dijo, abriéndolo por la página de los artistas infantiles—. Aquí están los nombres de todos los niños que cantaron esa temporada. La mayoría fueron deportados a Auschwitz en octubre de 1944.

Martín recorrió con el dedo la lista de nombres escritos a máquina, con sus edades y sus personajes. Petirrojo: David F. (8 años). No había apellido completo. Solo una inicial.

—¿F? —preguntó Martín—. ¿Feuerstein? ¿Fischer? ¿Feldmann?

—Podría ser cualquiera —dijo Ružena—. Pero hay algo más. Después de la guerra, un grupo de supervivientes de Theresienstadt fundó una asociación. Publicaron un boletín en los años cincuenta. Allí puede haber pistas.

Tardaron dos horas en hurgar en cajas polvorientas. Finalmente, Ružena encontró un ejemplar de *Theresienstädter Nachrichten*, de mayo de 1951. En la página 7, una breve nota decía:

"Se busca a David F., antiguo miembro del coro de Brundibár. Última noticia: logró subir a un tren hacia Suiza en febrero de 1945. No se sabe si logró cruzar la frontera. Su madre, Elisa F., falleció en el gueto. Cualquier información, escribir a la redacción."

Martín sintió un escalofrío. Febrero de 1945. El tren de los 998.

—Ese niño —dijo en voz baja— era uno de los 32 menores devueltos a Alemania.

Ružena cerró el libro con cuidado.

—Entonces no cruzó. Lo devolvieron. Y si lo devolvieron a Alemania en febrero del 45... probablemente lo enviaron a Auschwitz. O a Bergen-Belsen. O a un campo de trabajo.

—O quizás sobrevivió —respondió Martín, con una terquedad que ni él mismo entendía.

Ružena lo miró con la piedad de quien ha visto demasiado.

—Señor Otero, los niños de Theresienstadt no sobrevivían. Los que cantaban *Brundibár* no estaban cantando para el futuro. Cantaban para que los alemanes grabaran su película. Eran propaganda con patitas. Después, los mataban igual.

Llovía sobre Josefov. Martín pagó los libros, guardó la foto de la servilleta y salió a la calle. En la acera de enfrente, un niño de unos ocho años tocaba el violín en un portal, con un estuche abierto para las monedas. No era David. Pero por un instante, Martín juró que la música sonaba como una cuchara atada con un cordón de zapato.

III. Nota al margen del diario (manuscrito de Greta Hollander, 2007)

“Hoy he llevado flores a la tumba de Paul Grüninger (murió pobre y olvidado en 1972). Le he contado lo de David. Le he dicho: 'Comandante, usted abrió la puerta a 110. Pero yo cierro los ojos y veo a ese niño con su cuchara. ¿Dónde está él?'

Nadie me respondió. Pero el viento movió las flores. Y las flores eran amarillas, como el pelaje de un petirrojo.”

Bergen-Belsen, el infierno en la tierra

I. El campo que no tenía cámaras de gas

Bergen-Belsen, al norte de Alemania, fue concebido originalmente como un campo de prisioneros de guerra. Pero en 1944, cuando el frente oriental colapsó y los nazis evacuaron Auschwitz, Belsen se convirtió en un vertedero de supervivientes. Llegaron judíos, prisioneros políticos, homosexuales, testigos de Jehová. No había cámaras de gas, pero eso no lo hacía menos mortal. El tifus, la fiebre tifoidea, la tuberculosis y la inanición mataban a miles cada semana.

A diferencia de Auschwitz, donde la muerte era industrial, en Bergen-Belsen la muerte era lenta, silenciosa, casi anónima. Los cuerpos yacían sin enterrar en los barracones. Los que podían caminar vagaban en busca de un mendrugo de pan o de agua no contaminada. Los prisioneros más fuertes se convertían en «musulmanes» (término que los internos usaban para designar a los que estaban a punto de morir, por su postura encogida que recordaba a la de un rezador).

Salomón Neumann fue trasero en enero de 1945, cuando ya la guerra estaba perdida para Alemania. No lo enviaron a Auschwitz porque los nazis aún querían usar los pasaportes falsos como moneda de cambio. Él y otros 997 judíos con «documentos extranjeros» fueron colocados en una sección especial llamada "campo de estrellas" (*Sternlager*), donde las condiciones eran ligeramente mejores… o, mejor dicho, menos mortales.

Pero la muerte no desapareció. En el diario, Salomón describe el hambre, los piojos, los niños que dejaban de llorar. Una servilleta dice:

"El frío ya no es frío: es un animal con dientes que nos roe los pies. Una mujer a mi izquierda empezó a cantar esta mañana. Cantaba en polaco. Nadie la conocía. Cantó durante dos horas. Luego se calló. Cuando la tocaron para despertarla, estaba tiesa. Murió cantando."

II. El tifus y las fosas comunes

En los últimos meses de la guerra, Bergen-Belsen se convirtió en una trampa mortal. Llegaban trenes de prisioneros desde los campos evacuados del este, y con ellos llegaban enfermedades. El tifus se propagó como un reguero de pólvora. No había medicinas, apenas alimentos. Los cadáveres se amontonaban en las esquinas de los barracones porque los prisioneros vivos no tenían fuerzas para sacarlos.

Los británicos, que liberaron el campo el 15 de abril de 1945, encontraron algo indescriptible: 60.000 prisioneros viviendo entre 13.000 cadáveres sin enterrar. Había fosas comunes abiertas, pero no daban abasto. Los supervivientes tenían los ojos hundidos, la piel pegada a los huesos. Muchos seguían muriendo semanas después de la liberación, porque sus cuerpos ya no podían procesar los alimentos sólidos.

Entre los que sobrevivieron estaba Zsófia, la hija de Ilona, aunque Ilona no lo logró. No está claro si Ilona murió de tifus o de hambre. Su hija, décadas después, dijo simplemente: «Mi madre murió de tristeza».

El tren 998 salió de Bergen-Belsen el 13 de febrero de 1945. Si hubiera partido dos meses después, probablemente todos sus pasajeros habrían muerto de tifus o habrían quedado atrapados en ese infierno. La desobediencia de Paul Grüninger, aunque solo para 110, fue también una desobediencia al tiempo. Les dio unos días más de vida. Para algunos, esos días fueron suficientes.

III. El sonido del hambre y el silencio de los niños

Quienes sobrevivieron a Bergen-Belsen coinciden en un detalle: el hambre tenía sonido. Era un rugido constante en el estómago, un zumbido en los oídos, un susurro en la mente que repetía “pan, pan, pan”. Perdías la noción del tiempo. Los días se parecían entre sí. Solo las muertes marcaban el calendario: hoy murió el zapatero, hoy murió la maestra, hoy murió el niño que pedía pan.

Los niños eran los más vulnerables. Sin madres que los protegieran (muchas habían muerto o habían sido separadas), vagaban solos, buscando migas en los suelos de tierra batida. Algunos se aferraban a objetos absurdos: una cuchara, un botón, una piedra. David

F. se aferró a un cordón de zapato. Ese cordón, décadas después, sería el eslabón que uniría su infancia rota con su vejez en Israel.

Salomón escribió antes de partir:

"Veo a Ilona, a David, a Zsófia, a los 888. No están muertos. Están aquí, en esta habitación blanqueada con cal, esperando que alguien diga sus nombres."

Esa obsesión por nombrar es lo que da título a este libro. Los muertos no sufren; los que sufren son los que quedan, si no nombran.

IV. La liberación y el silencio posterior

Los británicos que liberaron Bergen-Belsen obligaron a los civiles alemanes de los pueblos cercanos a enterrar los cadáveres con sus propias manos. También hicieron fotos y filmaciones. Esas imágenes dieron la vuelta al mundo y destaparon la magnitud del horror. Pero para muchos supervivientes, la liberación no fue alegría, sino un dolor sin nombre. No tenían hogar a donde volver, muchas veces no tenían familiares vivos. Vagaron por Europa en campos de desplazados, esperando una visa para Palestina, Estados Unidos o algún país que los aceptara.

Zsófia fue enviada a Budapest, a un orfanato. Le cambiaron el nombre, la religión, le borraron el pasado. No volvió a hablar húngaro en público. Pero en las noches, tarareaba la nana que su madre Ilona le cantaba en el vagón. Esa nana es la única prueba de que existió un vínculo de amor en medio del genocidio.

Bergen-Belsen cerró como campo de prisioneros en 1945, pero el recuerdo del hambre, el tifus y las fosas comunes nunca lo abandonó. Hoy es un lugar de memoria, con un obelisco, una casa de la paz y un cementerio de lápidas que llevan números, no nombres. Ese silencio de los nombres es lo que este libro intenta romper.

CAPÍTULO 3

El tren de los 998 (y la mujer que no quiso entrar)

I. Bergen-Belsen, 28 de enero de 1945 (Diario, servilleta nº 41)

El frío ha aprendido a hablar. Tiene una voz que raspa los huesos. Llevamos catorce días en este vagón de ganado, apilados como leña. Los niños ya no lloran. Eso es peor. Cuando lloraban, sabíamos que estábamos vivos. Ahora solo escucho el traqueteo de las ruedas y un sonido que he aprendido a odiar: el resoplido de los que ya no tienen fuerzas ni para morir.

Somos 998. Lo sé porque un oficial alemán lo gritó esta mañana al abrir la puerta un minuto para arrojar un cubo vacío. "¡998 piezas!", dijo. Nosotros no somos piezas. Somos nombres. Y yo los estoy escribiendo en mi memoria, aunque la memoria se me congela como las yemas de los dedos.

En el rincón izquierdo del vagón viaja una mujer de Szeged. Se llama Ilona. No sé su apellido. Viaja con su hija, una niña de unos cinco años que se llama Zsófia. Ilona tiene los ojos verdes y las manos callosas de quien ha trabajado la tierra. Hoy me ofreció la mitad de su galleta. Le dije que no, que ella tenía que alimentar a la niña. Me respondió: —Si usted no come, nadie podrá rezar por nosotros cuando muramos.

Comí la galleta. Y luego recé. No recé a Dios. Recé a Ilona. En silencio. Le recé que su hija viviera.

Esta noche, el tren se detuvo. Se oyeron voces en alemán. Alguien dijo: "Frontera suiza". Un rumor recorrió el vagón como un escalofrío. Suiza. La neutral. La blanca. La que no está en guerra. Alguien gritó: "¡Vamos a cruzar!". Y entonces la gente comenzó a

llorar de alegría. Yo no lloré. Porque recordé las palabras de un viejo rabino en Mannheim: “La esperanza es cruel cuando no tiene dientes”.

Mañana sabremos si Suiza nos muerde o nos lame.

Nuevo fragmento del diario – "La noche antes de la frontera".
Bergen-Belsen / vagón, 14 de febrero de 1945 – Servilleta nº 40.

Llevamos trece días en este vagón. El frío ya no es frío: es un animal con dientes que nos roe los pies. Una mujer a mi izquierda empezó a cantar esta mañana. Cantaba en polaco. Nadie la conocía. Cantó durante dos horas. Luego se calló. Cuando la tocaron para despertarla, estaba tiesa. Murió cantando.

Un niño nació anoche. La madre gritó tanto que los guardias abrieron la puerta y la patearon. El niño salió azul, sin llorar. Estaba muerto. La madre lo sostuvo contra su pecho toda la noche. No sé si está viva ahora.

Yo perdí la cuenta de los días. Mi barba está llena de piojos y mis piernas ya no me responden. Pero escribo. Escribo porque si dejo de escribir, ya no soy rabino. Soy solo un número. El 998-443. El 998-443. El 998-443.

Lo repito para no olvidarlo. Lo escribo para que alguien sepa que Salomón Neumann existió y que escribió en servilletas mientras los niños nacían muertos.

Mañana llegamos a la frontera. Dicen que Suiza es blanca. Dicen que acepta a los que tienen papeles, yo no sé si los míos valen algo. Mi pasaporte paraguayo está manchado de sangre (no sé de quién). Pero lo aprieto contra mi corazón. Es el único ángel que tengo.

Si sobrevive, quemaré esta servilleta. Si no, que la encuentre quien sepa leer.

II. Frontera de St. Margrethen, 15 de febrero de 1945 (Diario, servilleta nº 42)

La puerta se abrió de golpe. La luz nos cegó. Olía a nieve y a café. Café. Alguien en Suiza estaba tomando café mientras nosotros apestábamos a muerte.

Un comandante suizo, alto, de uniforme impecable, subió al vagón con una lista. Hablaba alemán con acento de Zúrich. Dijo: —Solo pasarán los que tengan papeles sudamericanos originales. Los demás, regresan.

El caos. La gente sacaba pasaportes falsos, documentos manchados, cartas de salvoconducto escritas en servilletas como las mías. Yo tenía un pasaporte paraguayo que me había dado un diplomático español llamado Sanz Briz. Era falso. Todos lo sabíamos. Pero los nazis lo aceptaban porque esperaban canjearnos por alemanes presos en América.

El comandante fue leyendo nombres. Uno a uno. "Adelante... adelante... usted no... usted sí...". Vi a familias enteras romperse: madres que entregaban a sus hijos a desconocidos para que pasaran la frontera, padres que se quedaban atrás para que sus evasoras tuvieran una oportunidad.

Y entonces vi a Ilona.

La llamaron. Tenía papeles. Podía pasar. La niña no. Pero Ilona no soltó a Zsófia. Al contrario, la apretó contra su pecho y dijo: —Si ella no entra, yo no entro.

El comandante la miró. Frunció el ceño. —La niña no tiene papeles —dijo—. No puede pasar.

Ilona lo miró a los ojos. Y luego, sin una palabra, dio media vuelta y se metió de nuevo en el vagón con su hija.

Grité su nombre: —¡Ilona!

Ella volvió la cabeza. Sonrió. Una sonrisa rota, como la de David. Y dijo: —Rabino, recuerde mi nombre. Yo no voy a poder contarlo.

Esa mujer se llamaba Ilona. No sé su apellido. Pero he escrito su nombre en esta servilleta. Y en mi corazón. Ahí no caben los comandantes. Ahí solo caben los que se quedaron.

Nosotros, los 110 que pasamos, caminamos hacia Suiza como sonámbulos. Detrás nuestro, el tren empezó a moverse. Los 888 regresaban a Alemania. A la muerte.

Oí a un niño llorar. No era Zsófia. Era otro. Pero todos los niños que lloran son el mismo niño.

Hoy he aprendido que el heroísmo no es entrar. Es quedarse.

III. Ilona, 2015 (testimonio tardío)

Nota del editor: El siguiente texto fue descubierto por Martín Otero en 2024 dentro de una caja sin catalogar en los Archivos Arolsen. Es la transcripción de una entrevista grabada a una mujer anónima en Budapest, 2015, por un investigador local. La mujer afirmaba ser Zsófia, la hija de Ilona. El audio estaba en húngaro. Esta es la traducción:

"Mi madre murió en Bergen-Belsen tres semanas después de que nos devolvieran. No de hambre. De tristeza. Yo tenía cinco años. No recuerdo su cara. Solo recuerdo que me decía: 'Zsófia, si alguna vez llegas a Suiza, ve a la frontera y dile al comandante que lo perdono'.

Nunca llegué a Suiza. Me liberaron los rusos. Me crié en un orfanato en Debrecen. Me cambiaron el nombre. Me dijeron que olvidara. Pero cada noche sueño con un hombre flaco, con barba, que me mira y escribe algo en una servilleta.

Ese hombre era un rabino. Y lo que escribió era mi nombre. Eso me dijeron. Eso es lo único que sé."

Martín Otero intentó localizar a Zsófia. La pista se perdió en Budapest, 2018. Se cree que murió sin hijos. No hubo nadie que recordara a Ilona.

CAPÍTULO 3.5

El maquinista alemán

I. Archivos de la Cruz Roja, Bad Arolsen, 10 de noviembre de 2024.

Martín Otero había solicitado todos los documentos relacionados con el tren 998. La respuesta de los Archivos Arolsen llegó diez días después: una carpeta digital de 2.300 páginas en alemán, la mayoría listas de nombres y telegramas militares. Pero entre ellas, una nota a mano llamó su atención.

No era un informe oficial. Era una carta escrita en un papel amarillento, fechada en 1998, dirigida a "Quien corresponda". Decía:

"Mi nombre es Karl Vogler. Fui maquinista de la Deutsche Reichsbahn. En febrero de 1945 conduje el tren número 998 de Bergen-Belsen a la frontera suiza. Sé cosas que nunca conté. Tengo 82 años. No quiero morirme con la verdad en la boca."

La carta estaba archivada sin respuesta. Martín investigó el remitente. Karl Vogler había muerto en 2005, pero su hijo, Heinz Vogler, aún vivía en un pueblo cerca de Múnich. Martín compró un billete de tren y fue a buscarlo.

II. Baviera, 12 de noviembre de 2024.

Heinz Vogler era un hombre de sesenta y cinco años, con manos de granjero y ojos azules que miraban al suelo cuando hablaba. Recibió a Martín en su granja, entre vacas y establos de madera.

—Mi padre nunca quiso hablar del tren —dijo Heinz, sirviendo un café aguado—. Pero cuando mi madre murió, se derrumbó. Me contó toda una noche, borracho. Luego escribió esa carta y la envió. Nunca recibió respuesta.

—¿Qué le contó? —preguntó Martín.

Heinz respiró hondo.

—Que los oficiales de las SS que custodiaban el tren recibieron una orden por radio cuando llegaron a St. Margrethen. La orden decía: “Si Suiza rechaza el grupo, ejecutar a los 888 en el bosque de la frontera”. Mi padre oyó la conversación. Estaba en la locomotora, a tres metros de los oficiales.

—¿Y qué pasó?

—Que un comandante de las SS, del que no recordó el nombre, respondió: “No. Los necesitamos para trabajos. Devuélvanlos a Bergen-Belsen”. Eso salvó a los 888 de la muerte inmediata. Pero mi padre dijo que el comandante hizo esa llamada no por humanidad, sino porque ya estaban perdiendo la guerra y querían mano de obra para los últimos meses.

Martín sintió un escalofrío. Los 888 no murieron en la frontera. Murieron después, en campos, de hambre o en cámaras de gas. Pero aquella noche, un oficial nazi, por puro cálculo estratégico, les dio unos meses más de vida. Meses que permitieron que algunos, como David, sobrevivieran hasta la liberación.

—Mi padre —continuó Heinz— también me contó algo más. Dijo que cuando regresaban a Alemania, los niños en los vagones cantaban. No lloraban. Cantaban. Él no entendía alemán, pero una niña cantaba una nana en húngaro. Esa canción se le quedó grabada. La tarareaba en sus pesadillas.

Heinz silbó una melodía. Martín la reconoció al instante: era la nana de Szeged, la misma que Zsófia tarareaba en el asilo de Budapest.

—¿Supo mi padre qué pasó con esa niña? —preguntó Martín.

—No. Pero una noche soñó con ella. La veía crecer, tener hijos, envejecer. Y cuando despertó, lloró. Dijo: “Esa niña me perdonó por no detener el tren”. Yo creo que esa niña era Zsófia.

Martín pidió permiso para grabar la conversación. Heinz asintió. Antes de irse, Heinz le entregó una llave oxidada.

—Esto es de la locomotora —dijo—. Mi padre la guardó como recuerdo. Llévela. Que alguien más la sostenga.

Martín guardó la llave en su mochila, junto a las servilletas. No sabía qué iba a hacer con ella. Pero algo le decía que debía devolverla algún día a la frontera.

CAPÍTULO 4

La enfermera y el rabino (y la hija del ladrón de diarios)

I. Zúrich, Hospital Rheinau, 3 de diciembre de 1951 (Diario de Salomón Neumann – última anotación dictada)

Mi nombre es Salomón Neumann. Hoy he muerto un poco más temprano de lo que esperaba.

Estas palabras no las escribo yo. Las escribe Greta, la enfermera que me sostiene la mano mientras el hígado me abandona y los dedos se me vuelven tiza. Ella escribe porque yo ya no puedo. Pero las pienso. Y ella las copia fielmente, como una secretaria del alma.

Greta tiene veintitrés años. Es alemana. Hace diez años, cuando yo estaba en Theresienstadt, ella cantaba canciones patrióticas en la *Jungmädel*. No la juzgo. Tenía catorce años y el mundo era una mentira envuelta en banderas. Ahora es enfermera, y lava a los viejos que se mean encima, y limpia los vómitos de los que vieron cosas que no deberían ver.

Yo soy uno de esos. Ella lo sabe. Por eso me trata con una dulzura que me quiebra más que la enfermedad.

—Rabino —me dijo hoy, mientras me cambiaba la sábana—, ¿usted cree que Dios perdona a los que obedecieron órdenes?

Supe que no preguntaba por los nazis. Preguntaba por su propia familia. Su abuelo, Heinz Keller, fue el oficial que cerró la puerta del tren en St. Margrethen. Ella lo descubrió hace unas semanas, cuando yo le hablé de Ilona y de los 888. Buscó en los archivos. Encontró el nombre.

—Su abuelo no cerró la puerta por maldad —le dije—. La cerró por cobardía. La cobardía también es un pecado, pero no es el peor.

—¿Cuál es el peor, entonces?

—El olvido —respondí—. El que olvida mata dos veces: la primera en el campo, la segunda en la memoria.

Greta lloró. No sé si por su abuelo o por mí. Me pidió que le dijera cómo reparar. Le dije: "Guarde este diario. No lo abra hasta que yo sea polvo. Entonces sabrá qué hacer".

Ahora, mientras ella escribe, yo cierro los ojos. No veo la muerte. Veo a Ilona, a David, a Zsófia, a los 888. No están muertos. Están aquí, en esta habitación blanqueada con cal, esperando que alguien diga sus nombres.

Greta, termino dictando: Tome el cuaderno. Guárdelo. Y cuando llegue el día en que pueda contarlo sin miedo, hágalo. No por mí. Por los que no tuvieron ni siquiera una servilleta para escribir su último pensamiento.

Ahora dame agua. No porque tenga sed. Porque quiero sentir el vaso en mis manos. Para llevarme ese recuerdo al otro lado.

—Salomón Neumann, Rabino de Mannheim, muerto en Zúrich, 3 de diciembre de 1951.

A continuación, la mano de Greta añadió:

"Yo, Greta Hollander (nacida Hoffmann), he escrito lo anterior bajo dictado. Prometo cumplir su voluntad. Que Dios me perdone por haber callado tanto tiempo."

II. Berlín, 27 de noviembre de 2024 (Martín Otero)

El barrio de Neukölln hervía de vida esa tarde. Martín caminó desde la estación hasta la calle Weisestraße, donde el portal de Miriam Brenner tenía una placa de bronce: *"Hier wohnte das Vergessen"* —"Aquí habitaba el olvido"—. Miriam había elegido su domicilio con ironía.

Llamó al timbre. Una voz joven, con acento israelí, pero en alemán perfecto, respondió:

—¿Señor Otero? Pase.

El piso era pequeño y desordenado, lleno de libros apilados en torres tambaleantes. Miriam Brenner tenía treinta y cuatro años, el pelo rizado recogido en un moño y una mirada que medía a la gente como si pesara sus palabras.

—No suelo recibir periodistas —dijo, ofreciéndole té en una taza de *La Pasión de Juana de Arco*—. Pero cuando Klara Bergmann me llamó para decirme que alguien había encontrado el diario, supe que tenía que hablar con usted.

—Su padre —empezó Martín, con cuidado— se llevó el diario del archivo de Mannheim. ¿Lo sabía?

Miriam no se inmutó.

—Lo sé. Y también sé que no se lo robó. Lo pidió prestado. Iba a devolverlo, pero murió antes. Yo lo tengo en mi casa. ¿Quiere verlo?

Martín tragó saliva. La taza de té le tembló un poco en la mano.

—¿Por qué no lo han devuelto?

—Porque mi padre descubrió algo que nadie debía saber —dijo Miriam, levantándose y caminando hacia una estantería—. Algo sobre David, el niño de la cuchara.

Sacó una caja de zapatos. La misma marca que la de Klara, pero más gastada. La abrió. Dentro, envuelto en un paño de lino, estaba el diario original de Salomón Neumann. Martín reconoció las servilletas cosidas, los bordes chamuscados, la mancha de café en la tapa.

—Mi padre encontró a David —dijo Miriam, pasando las páginas hasta una anotación que Martín no había visto—. Vivía en Tel Aviv, bajo otro nombre. Se llamaba David Feuerstein. Durante cuarenta años fue carnicero en el mercado de Levinsky. Nunca habló de la guerra. Nunca cantó. Pero cuando mi padre llegó con la foto de la servilleta número 12, David rompió a llorar.

Martín leyó la nota escrita a mano por Lukas Brenner, fechada en 2021:

"David F. (Feuerstein) vive en Ramat Gan. Aceptó una sola entrevista. Me dijo: 'El rabino me dio un cordón de zapato. Yo hice un violín de cuchara. Esa noche, en St. Margrethen, cuando nos devolvieron, me quedé con el cordón en la mano. Nunca lo solté. Lo tengo todavía. No es un violín, pero cuando lo aprieto, oigo música'."

—¿Dónde está ahora David? —preguntó Martín.

—Murió en 2022 —respondió Miriam con voz plana—. Mi padre murió un mes después. Creo que murieron el uno por el otro. Como si el recuerdo compartido los hubiera mantenido vivos.

Martín cerró los ojos. Otra vez la muerte ganando la carrera.

—Berlín le debe una —dijo Martín—. Él habló. Eso es más de lo que hizo la mayoría.

—Habló una sola vez —corrigió Miriam—. Le dijo a mi padre: "Si alguien pregunta por mí, digan que logré entrar a Suiza. Que tuve una vida larga y que siempre tuve pan". Eso fue su regalo. No quería lástima. Quería que el rabino tuviera razón: que recordar sin odio es posible.

Entonces Miriam hizo algo inesperado. Sacó del bolsillo de su chaqueta un cordón de zapato viejo, envejecido, con un nudo en un extremo.

—Esto es lo que David le dio a mi padre —dijo—. El cordón original. De 1943. Theresienstadt. La cuchara se perdió, pero el cordón sobrevivió. Mi padre me lo dejó a mí. Y yo… yo no sé qué hacer con él.

Martín miró el cordón. Era marrón, deshilachado, con una pequeña mancha oscura que podía ser sangre o podía ser tiempo.

—¿Me deja fotografiarlo? —preguntó.

—Puede quedárselo —respondió Miriam—. Usted va a contar esta historia. Yo no. Yo solo quería conocerlo.

El té se había enfriado. En la calle sonaba una música lejana, quizá de algún violinista callejero. Martín guardó el cordón en su cartera, junto a la foto de la servilleta número 12.

—¿Qué pasó con Ilona? —preguntó Miriam, casi en un susurro—. ¿Y con Zsófia?

—Ilona murió en Bergen-Belsen —dijo Martín—. Zsófia sobrevivió. Hubo un testimonio en Budapest, 2015. Pero perdí la pista.

Miriam asintió lentamente.

—Entonces esa es su tarea. Encontrar a Zsófia. O a sus hijos. O a alguien que haya oído su nombre.

Martín no respondió. Solo apretó la cartera contra su pecho, donde el cordón de zapato reposaba junto a su corazón.

Nota del editor: Tres días después, Martín Otero envió el cordón a un laboratorio de datación en Zúrich. Los resultados confirmaron que el hilo era de algodón fabricado en Checoslovaquia entre 1940 y 1943. No se encontraron restos biológicos. El nudo, según el perito, había sido atado por un niño zurdo.

III. Escena de tensión

Al salir del piso de Miriam, Martín notó que un hombre de chaqueta de cuero lo seguía en la calle. Caminó rápido, dobló dos esquinas, entró en un supermercado. El hombre también entró. Martín compró una botella de agua y salió por la puerta trasera. El hombre no apareció.

Pero esa noche, en su hotel, alguien había deslizado una nota bajo la puerta. Decía, en alemán: *"Deje de investigar el tren 998. No es asunto suyo"*.

Martín llamó a Miriam. Ella le dijo: —Mi padre recibió amenazas iguales. Hay un grupo neonazi que no quiere que se hable de los niños del tren. Tenga cuidado.

Martín cambió de hotel esa misma noche y compró un teléfono desechable. No le dijo a nadie dónde se hospedaba. Pero el cordón de zapato siguió atado a su muñeca, como un talismán.

CAPÍTULO 5

La visita de la Cruz Roja, la hija de Ilona y la caja de seguridad

I. Theresienstadt, 23 de junio de 1944 (Diario, servilleta nº 27)

Hoy vino la Cruz Roja. Los nazis han limpiado el campo durante semanas. Plantaron rosales, pintaron las fachadas, obligaron a los niños a sonreír. A David le dijeron: "Si no sonríes, te pegamos". Así que David sonrió. Yo también sonreí. Sonreímos todos.

La delegación recorrió las calles como turistas. Señoras abrigadas, hombres con cámaras. Preguntaban: "¿Están bien alimentados?". Y nosotros respondíamos: "Sí, gracias". Porque si alguien decía la verdad, lo fusilaban esa noche.

Los llevaron a ver la función de *Brundibár*. Era la número 55. David cantó su papel del petirrojo: "Quien ama a los demás, nunca está solo". Los de la Cruz Roja aplaudieron. Algunos lloraron. Luego se fueron a comer a un hotel en Praga.

Después, en el barracón, David me preguntó:

—Rabino, ¿por qué la gente que viene a vernos se va tan contenta?

—Porque quieren creer que esto no es un infierno —le dije—. A veces la verdad es demasiado pesada.

—¿Pesada como una cuchara?

—Más pesada. Como una cuchara llena de plomo.

Esa noche escribí esta servilleta para decir algo que nunca diré en voz alta: la Cruz Roja sabía. Todos sabían. Pero el mundo eligió no creer. El pecado del olvido comenzó antes de que acabara la guerra.

Nota al margen, agregada por Greta Hollander en 2005:

“Salomón tenía razón. Mi abuelo, Heinz Keller, recibió una visita de la Cruz Roja en St. Margrethen tres meses después del tren. Le preguntaron por los 888. Él dijo: 'No sé nada'. Le creyeron.”

II. Budapest, 3 de diciembre de 2024 (encuentro con Zsófia)

El distrito VIII de Budapest no aparece en las guías turísticas. Es un laberinto de fachadas agrietadas, letreros en húngaro y olor a col agria. Martín llegó con una única dirección: una calle llamada Práter utca, donde los registros del censo de 2015 señalaban el último domicilio conocido de una tal Zsófia K., nacida en 1940, madre: Ilona.

El edificio era de los años treinta, con un patio interior donde los tendidos cruzaban como telarañas. Martín llamó al timbre que decía "Kovács". Nadie respondió. Una vecina asomó la cabeza por una ventana del primer piso.

—¿Busca a Zsófia? —preguntó en un inglés roto—. Ella ya no vive aquí. Se fue a un asilo hace tres años.

—¿Dónde? —preguntó Martín.

La vecina le dio el nombre de una institución en Óbuda, al norte de Budapest: la Casa de la Esperanza, un hogar para ancianos sin familia.

Martín tomó un taxi. Durante el trayecto, miró el cordón de zapato atado a su muñeca. La Casa de la Esperanza era un edificio de ladrillo visto, rodeado de árboles pelados. En la recepción, una monja de hábito azul le informó que Zsófia aún vivía, pero padecía demencia.

La habitación olía a lavanda y a orina. Zsófia estaba sentada en un sillón de ruedas, con la mirada perdida en una ventana que daba a un patio vacío. Tenía ochenta y cuatro años y el pelo blanco. Martín se arrodilló frente a ella.

—Señora Kovács —dijo en voz baja—, ¿recuerda a su madre? ¿Ilona?

Zsófia no respondió, pero sus labios comenzaron a moverse. Cantaba algo: una melodía simple, casi infantil. Martín grabó con su teléfono. Un experto en música folclórica identificaría después la canción como la nana de Szeged. Martín le mostró el cordón. Zsófia levantó la mano temblorosa y lo tocó. Entonces, por primera vez en años, habló:

—Eso… es de David. El niño del violín roto.

—¿Lo recuerda? —preguntó Martín.

—No —dijo Zsófia, con una claridad sorprendente—. Pero mi madre sí. Me contó antes de morir: "Zsófia, si algún día ves un cordón así, sabrás que el rabino cumplió su promesa".

—¿Qué promesa?

—Prometió que nunca nos olvidaría. Y no lo hizo. Escribió nuestros nombres en una servilleta.

Después de eso, Zsófia volvió a su silencio. Martín dejó sobre la mesita de noche una fotocopia de la servilleta número 42.

III. Zúrich, 5 de diciembre de 2024 (la caja de seguridad y las memorias de Greta)

Klara Bergmann lo esperaba en la misma sala donde todo había comenzado.

—Mi madre —dijo— no solo guardó el diario. También escribió sus propias memorias. Las llamó *El peso de la servilleta*.

—¿Dónde están?

—In una caja de seguridad del Banco Cantonal. Usted tiene el cordón de David. Eso es la prueba.

En el banco, abrieron la caja. Dentro había un cuaderno encuadernado en cuero rojo. En la primera página se leía la letra de Greta:

"Si alguien lee esto, es porque mi secreto ha muerto conmigo. Esto es lo que nunca le conté a nadie..."

Entre sus páginas descansaba la carta de Salomón a Greta:

“No odies a tu abuelo. El odio es otro tren que nunca llega a destino.”

Klara lloró. Martín también.

IV. Ampliación de las memorias de Greta Hollander – Fragmentos de *El peso de la servilleta*

Su infancia en la Alemania nazi

Nací en 1928 en Ansbach, Baviera. Mi padre era carpintero y mi madre cosía para los vecinos. Yo cantaba en el coro de la *Jungmädel*, la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas. No porque creyera en Hitler, sino porque todas mis amigas iban y porque daban panecillos con mermelada después de los ensayos.

Una vez, en 1942, nos llevaron a ver un documental sobre “los enemigos del Reich”. Mostraban a judíos con narices grandes y ojos rasgados. Yo tenía catorce años y me reí con las demás. No porque lo sintiera, sino porque si no te reías, te señalaban.

Esa misma noche, en casa, mi abuelo Heinz —el que después cerraría la puerta del tren— dijo en la cena: “Los judíos son una plaga”. Mi madre bajó la mirada. Mi padre no dijo nada. Yo tampoco. Ese silencio me persigue hoy.

El encuentro con Salomón

Cuando llegó a Rheinau, en 1951, yo llevaba tres años como enfermera. Salomón pesaba treinta y ocho kilos. Tenía los números tatuados en el antebrazo izquierdo: A-15587. La primera noche me agarró la muñeca y me dijo: —*Fräulein*, ¿usted cree que Dios me perdonará por haber sobrevivido?

No supe qué responder. Solo le dije: —Rabino, no sé nada de Dios, pero sé de cabos sueltos. Déjeme atar los suyos.

Él sonrió. Fue la primera y única vez que le vi sonreír.

El descubrimiento del secreto de su abuelo

En septiembre de 1951, Salomón me pidió que buscara en los archivos de St. Gallen el nombre del comandante que había cerrado la puerta. Fui al archivo y hojeé las listas. El

quinto nombre era Heinz Keller, teniente de aduanas, comandante de segunda. Mi abuelo. El hombre que me enseñó a montar en bicicleta. Él era el que había separado a Ilona de su hija.

Salí del archivo y vomité en una papelera de la calle.

La decisión de callar durante sesenta años

No quemé el diario, aunque lo pensé muchas veces. Tampoco lo publiqué. Viví con el peso de esa servilleta en la conciencia cada día. Mi abuelo murió en 1981. En su entierro llevé una servilleta vacía; no escribí su nombre porque no quería recordarlo, pero tampoco escribí los nombres de Ilona. Ese fue mi pecado: preferí olvidar a los inocentes para no enfrentarme al verdugo de mi familia.

En 1995, cuando Suiza rehabilitó a Paul Grüninger, sentí una punzada. Pensé: "¿Y yo cuándo me rehabilitaré?". No fue hasta el año 2000, cuando me diagnosticaron un cáncer de mama, que decidí escribir estas memorias y preparar la caja de seguridad.

Perdón a sí misma

No sé si merezco el perdón. Tampoco sé si Dios existe. Pero hay algo que aprendí de Salomón: la memoria no es un castigo, es una responsabilidad. Yo fallé en esa responsabilidad durante décadas. Pero al menos, al final, la asumí.

Si alguien lee esto, que sepa que Greta Hollander no fue una heroína. Fue una cobarde que se redimió en el último minuto. Pero los malos ladrones también pueden ser perdonados.

CAPÍTULO 5.3

Las cartas de Esther

I. Zúrich, 7 de diciembre de 2024 – El hallazgo inesperado

Dentro de la caja de seguridad, junto a las memorias de Greta, había un sobre de papel kraft cerrado con cera roja. Martín rompió el sello. Encontró un manojo de cartas atadas con una cinta negra. La primera carta empezaba: *"Zúrich, 10 de mayo de 1952. Querido Salomón, aunque sé que nunca leerás esto…".*

—¿Qué es? —preguntó Klara.

—Cartas —respondió Martín—, de una mujer llamada Esther para Salomón.

[Aquí inicia la sangría de 1.25 cm] Klara palideció.

—Esther era su esposa. Sobrevivió a Theresienstadt, pero no volvieron a verse. Murió en 1953.

II. Primera carta – 10 de mayo de 1952

"Querido Salomón:

Me dijeron que estás en Zúrich. Que sobreviviste. Yo también. Estoy en una casa de acogida en Berna, a dos horas de ti. Pero no puedo verte.

No por falta de amor. Por exceso de miedo.

En Theresienstadt, cuando nos separaron, tú me dijiste: 'Espérame, volveré'. Yo te esperé. Pasaron los meses. Llegó el tren hacia el este. Me subieron a él. Tú no. Yo pensé que habías muerto. Entonces, para no volverme loca, borré tu rostro de mi memoria.

Cuando me liberaron, ya no recordaba quién eras.

No puedo verte, Salomón. Porque si te veo, tendré que recordar todo lo que olvidé. Y ese dolor es más grande que yo.

Perdóname. Cuida tus servilletas. Yo cuidaré tu recuerdo desde la distancia.

Esther."

III. La última carta – 2 de febrero de 1953

"Querido Salomón:

El médico me ha dicho que me queda poco tiempo. Algo en el hígado. Tal vez lo mismo que tienes tú. El destino es irónico.

He decidido no escribir más cartas. Pero quiero que sepas que, aunque borré tu cara, nunca borré tu nombre. Lo escribí en el reverso de una foto que ya no tengo. Lo repetí todas las noches antes de dormir, como una oración.

Si alguna vez alguien te entrega estas cartas, recuerda que Esther Teitelbaum te amó hasta el final. Solo que amó desde lejos. A veces el amor es así: una distancia que nos protege del dolor.

Adiós, mi amor.
Esther."

Martín cerró la carta. Klara estaba bañada en lágrimas.

—¿Salomón llegó a leerlas? —preguntó Martín.

—No —respondió Klara—. Greta se las entregó a su tumba. Las enterró junto a él. Estas son copias.

Esa noche, Martín escribió en su cuaderno:

"Esther y Salomón estuvieron a dos horas de distancia durante dos años. Nunca se reunieron. No por falta de amor, sino por exceso de memoria. A veces, recordar es tan doloroso que preferimos la distancia. Pero la distancia no es olvido. Es otra forma de amor."

CAPÍTULO 5.5

La lista de los 32

I. Varsovia, 10 de diciembre de 2024

La pista llegó por correo electrónico desde una dirección anónima: *"Busque en el Archivo Ringelblum. Caja 29, documento 14"*.

Martín viajó a Varsovia. En el Instituto Judío Histórico, la archivera Iwona Zielińska le mostró la caja 29. Dentro descansaba un cuaderno manuscrito con páginas quemadas en los bordes, escrito por un polaco llamado Tadeusz Kowalczyk, ferroviario en Treblinka.

En enero de 1945, Tadeusz anotó los nombres de los niños que pasaban por su estación. En la página 14 se leía:

"15 de enero de 1945. Tren procedente de Theresienstadt. 32 menores de edad, sin acompañantes. Nombres: Lotte Engel (7, Praga), Hermann Weiss (9, Brno), Ruth Goldschmidt (6, Viena), Samuel Katz (5, Budapest) …"

Seguían veintiocho nombres más. Martín contó treinta y dos.

—¿Sobrevivió alguno? —preguntó.

Iwona negó con la cabeza.

—La mayoría fueron a Auschwitz. Pero Tadeusz anotó al margen: "Seis separados. No sé su destino".

Martín pidió fotocopiar la lista. Esos nombres serían leídos en la ceremonia de St. Margrethen.

CAPÍTULO 6

El libro que se escribe a sí mismo

I. Berlín, quince de diciembre 2024

Martín Otero escribió la primera línea de su libro: *"Este libro no lo escribo yo. Lo escriben los 998. Yo solo paso las páginas."*

II. St. Gallen, dieciocho de diciembre 2024 – Tumba de Paul Grüninger

El cementerio estaba cubierto de nieve. Sobre la lápida gris se leía: *"Hizo lo correcto, aunque le costó todo"*. Martín dejó una servilleta con los nombres de Ilona, David, Zsófia, Salomón, Greta, Klara y los 888.

III. Zúrich, veinte de diciembre 2024 – Tumba de Salomón Neumann

En el cementerio israelita de Oberer Friesenberg descansaba el rabino junto a un rosal plantado por Greta décadas atrás. Martín se detuvo ante la tumba y leyó la servilleta número cuarenta y dos en voz alta.

IV. Ramat Gan, veintitrés de diciembre 2024 – Tumba de David Feuerstein

La inscripción de la lápida decía: *"Cantó de petirrojo en Theresienstadt. Hizo un violín con una cuchara. Amó a los niños. Nunca odió a nadie"*. Martín se arrodilló y devolvió el cordón de zapato, dejándolo reposar definitivamente sobre la tierra.

V. Zúrich, treinta de diciembre 2024 – El momento de escribir

A las tres de la madrugada, Martín llamó a su editora, Carmen Urrutia.

—Tengo el libro —dijo—. No sé si es bueno, pero es verdad.

—La verdad es lo único que importa — respondió ella.

CAPÍTULO 7

El pasaporte del Ángel

I. Budapest, noviembre de 1944 (Diario, servilleta nº 36)

Hoy ha venido un hombre. No es soldado: es un diplomático español. Se llama Ángel Sanz Briz. Los judíos de Budapest lo llaman "el Ángel". No porque tenga alas, sino porque hace milagros con papel.

Nos ha reunido en un sótano a treinta y siete judíos condenados a muerte. Él lleva una carpeta de pasaportes paraguayos. Me dice: —Rabino, firme aquí. A partir de ahora usted es ciudadano paraguayo. Nadie puede tocarlo.

Yo le pregunto: —¿Y eso es verdad?

Él me mira con ojos cansados: —No. Pero los nazis lo creerán. Mientras negocien, ustedes viven.

Firmo. Mi mano tiembla. Porque en ese papel veo todas las servilletas que he escrito: también son mentiras que dicen la verdad.

Nota marginal de Greta:

"Sanz Briz salvó a 5.000 judíos. Murió en 1980. Yad Vashem lo nombró Justo entre las Naciones en 1966."

II. Madrid, 10 de enero de 2025 (Archivo de Exteriores)

La archivera Pilar Cifuentes mostró a Martín legajos amarillos. Entre ellos, listas de pasaportes falsos y una nota al margen: *"Buscar a Ilona. Hija pequeña. Prioridad"*. La letra no era de Sanz Briz, sino de su secretaria, Elena de la Serna.

—El diario de Elena está en Buenos Aires, con su nieta, Laura Serna —dijo Pilar.

III. Buenos Aires, 20 de enero de 2025

Laura Serna recibió a Martín en el barrio de Palermo. Le mostró el cuaderno de su abuela, donde se leía:

"Ilona, húngara, de Szeged. Hija Zsófia, cinco años. Están escondidas en un almacén de la calle Krúdy. No llegamos a tiempo. El almacén fue bombardeado. Ilona sobrevivió, pero la deportaron. La niña también. Buscar después."

Laura le entregó una carta de Sanz Briz a Elena:

"No podemos salvar a todos. Pero podemos intentar que cada uno de los que salvamos valga por mil."

Martín guardó la carta junto al cordón.

CAPÍTULO 8

El precio de una puerta abierta

I. St. Margrethen, 15 de febrero de 1945 – 16:30 horas

Paul Grüninger vio a la niña rubia pegada al cristal. Desobedeció. Abrió la puerta a ciento diez personas. Los ochocientos ochenta y ocho restantes regresaron. Esa noche no durmió.

II. St. Gallen, 15 de marzo de 1945 – Expediente disciplinario

Grüninger fue despedido de su cargo por "fraude documental". Perdió su pensión y su honor oficial ante el Estado.

III. Zúrich 1940 – La vida después del uniforme

Trabajó de conserje y de vendedor de enciclopedias para subsistir. Los ciento diez refugiados a los que había salvado la vida intentaron ayudarlo económicamente, pero él rechazó el dinero. Solo aceptó una servilleta bordada con una inscripción: *"Quien salva una vida, salva al mundo entero"*.

IV. St. Gallen, 22 de febrero de 1972 – La muerte

Murió en la pobreza. La comunidad judía local pagó los gastos del féretro. Greta Hollander asistió al funeral en absoluto silencio.

V. Berna, 1995 – Reconocimiento tardío

El gobierno suizo lo rehabilitó formalmente veintitrés años después de muerto. Llegaron los homenajes: una calle, una escuela, un sello postal con su rostro. Pero el Estado nunca le pidió perdón en vida.

CAPÍTULO 8.3

El hijo del comandante

I. St. Gallen, 20 de enero de 2024

El nieto de Paul Grüninger, Thomas, llamó a Martín Otero por teléfono: —Mi padre, Ernst, tiene noventa y dos años y quiere hablar con usted.

Ernst Grüninger recibió a Martín en su casa de madera, rodeada por un pequeño jardín de manzanos.

—Mi padre no vino a casa esa noche —dijo Ernst—. Durmió en la comisaría de la frontera. Al día siguiente se sentó a la mesa de la cocina y nos dijo: "Hoy he salvado a ciento diez almas, pero he condenado a ochocientas ochenta y ocho". Lloró como un niño. Fue la única vez en mi vida que lo vi llorar.

—¿Cómo afectó eso a la familia? —preguntó Martín.

—Nos destruyó por completo —respondió Ernst—. Perdimos la casa, mi madre tuvo que lavar ropa para los vecinos para conseguir algo de sustento y mi padre nunca volvió a hablar del tren de los 998. Pero por las noches lo oía dar vueltas en la cama, sin poder pegar el ojo. A veces susurraba en la oscuridad: "Ilona, lo siento".

Ernst se levantó, sacó una vieja caja de madera y la abrió sobre la mesa. En su interior descansaban la servilleta bordada, una fotografía descolorida de los ciento diez refugiados, la antigua insignia de policía de su padre y una carta de Rivka Stein (la anciana que luego hablaría en la ceremonia de restitución), fechada en mil novecientos sesenta y cinco:

“Querido comandante:

Tenía doce años aquel día en la frontera. Ahora tengo treinta y dos y soy enfermera en Tel Aviv. Yo también salvo vidas cada día. No me olvido de quien salvó la mía.”

Ernst le entregó las copias de los documentos a Martín.

—Quiero que aparezcan en su libro. Para que se sepa que los salvados nunca olvidaron a mi padre, aunque el gobierno de Suiza sí lo hiciera durante décadas.

—¿Usted perdona a los que lo condenaron en el expediente disciplinario? —preguntó Martín.

Ernst miró en silencio a través de la ventana.

—No —respondió con voz firme—. Pero tampoco los odio. Mi padre me enseñó que el odio es como cargar un saco lleno de piedras en la espalda. Él ya cargó con el suyo durante toda su vida. Yo no voy a cargar con el de otros.

CAPÍTULO 8.5

El otro lado de la frontera

I. Berna, 01 de febrero de 2024

Samuel Weiss, de ochenta y cinco años, vivía en la residencia Emmental. Fue uno de los ciento diez. Tenía apenas nueve años cuando el comandante Grüninger abrió la puerta de la frontera en febrero de mil novecientos cuarenta y cinco.

—Mi madre me apretaba la mano con fuerza —recordó Samuel—. Grüninger nos miró fijamente y nos dijo: "Bajen". No era un hombre alto, pero sus ojos no miraban de la misma forma que los ojos de los demás oficiales.

—¿Le vio llorar en ese momento? —preguntó Martín Otero.

—Cuando el tren de los ochocientos ochenta y ocho se marchó de regreso, se llevó la mano a la cara. No sé con certeza si lloraba, pero se secó algo en la mejilla. Luego nos dio pan caliente y café. Ese fue el mejor café de toda mi vida. No por el sabor, sino porque procedía de un hombre que se acababa de jugar su carrera por nosotros.

Samuel también recordaba con nitidez a Ilona.

—Me dio un caramelo el último día en el vagón. No sé de dónde lo sacó. Me miró y me dijo: "Cuida de los niños que entran". Yo cumplí mi promesa y cuidé de los demás; me hice profesor y enseñé a cientos de niños a lo largo de mi vida. Todos ellos eran, de algún modo, Zsófia.

—¿Cómo se llamaba la niña rubia del tren? —preguntó Martín.

—Nunca supe su verdadero nombre —respondió Samuel—. Pero en mi clase, cada año, les pedía a mis alumnos que inventaran un nombre para ella. Han pasado setecientos niños por mis aulas. El nombre más bonito que eligieron fue "Lili".

Martín anotó el dato en su libreta: Lili. Era el mismo nombre que Klara Bergmann le había sugerido días atrás en Zúrich.

Después de aquel invierno en que Martín Otero lo entrevistó, Samuel Weiss vivió solo unos meses más. Falleció en abril de dos mil veinticinco, a los ochenta y seis años, tranquilamente, mientras escuchaba un disco de violín clásico. Antes de fallecer, dejó escrito un breve manuscrito confidencial que su hija entregó a Martín para la investigación. El documento decía así:

“Nunca volví a ver a mi madre después de lo ocurrido en St. Margrethen. Ella logró entrar conmigo a Suiza, pero las autoridades nos separaron de inmediato en el campo de refugiados de Zúrich. No lo hicieron por mala voluntad: el gobierno suizo creía en aquel entonces que los menores debían ser ubicados con familias de acogida para facilitar su integración. A mi madre la enviaron a un albergue en Berna y a mí me asignaron con una familia protestante. Aprendí el alemán suizo, fui a la escuela y olvidé por completo el yídish. No volvimos a vivir bajo el mismo techo hasta que cumplí los dieciocho años y pude alquilar un piso propio.

Mi madre murió en mil novecientos ochenta sin haber dejado de hablar de Grüninger un solo día. Me decía siempre: 'Samuel, aquel comandante se jugó su carrera por nosotros. No lo olvides jamás'. Y no lo olvidé. Por eso, cuando supe que iban a rehabilitarlo de forma póstuma, viajé hasta St. Gallen y deposité una piedra sobre su tumba. Esa piedra procedía de Jerusalén; la había traído guardada en mi propio bolsillo.

Una vez, en mil novecientos noventa y cinco, me invitaron a un acto conmemorativo en la frontera de St. Margrethen. Había periodistas, políticos y otros supervivientes. Yo, que ya ejercía como profesor, decidí llevar a mi clase de veinticinco niños. Me paré frente a ellos y les dije: 'Aquí, hace cincuenta años, un hombre bueno abrió una puerta. No la abrió para todos, pero la abrió'. Mis alumnos recortaron servilletas blancas, escribieron sus propios nombres en ellas y las enterramos juntos en la tierra. Desde entonces, cada febrero regreso en absoluto silencio, aunque mis piernas ya no caminan bien, y entierro una servilleta nueva. La memoria se ejerce, no se hereda.

Lo que más me marcó en la vida no fue el hambre ni el miedo en los vagones. Fue la bondad de Ilona. Me entregó un caramelo cuando yo no tenía absolutamente nada en el mundo, y ese dulce me supo a futuro. Me prometí que, si algún día tenía alumnos a mi cargo, les enseñaría que un caramelo, un trozo de pan o una simple servilleta pueden ser mucho más grandes que una guerra entera. Y eso fue lo que hice. Setecientos niños pasaron por mi aula y a cada uno le regalé un caramelo el primer día de clases. Ninguno de ellos supo jamás la verdadera razón."

Samuel Weiss nunca dejó de redactar cartas oficiales a los políticos suizos para exigir que se colocara una placa conmemorativa en la estación de St. Margrethen. El reconocimiento llegó finalmente en dos mil diez, cuando él ya sumaba setenta años de edad. En el acto de inauguración, Samuel lloró frente a las cámaras; no lo hizo de tristeza, sino de una profunda rabia contenida. «Llegó tarde», declaró ante la prensa. Sin embargo, su hija relata que, al término de la ceremonia, el anciano sonrió levemente y murmuró para sí: "Pero llegó".

El desarrollo de este libro no habría sido posible sin el valor de su testimonio. Samuel Weiss fue uno de los ciento diez sobrevivientes que cruzaron el umbral de la aduana, y también se convirtió en uno de los hombres que más luchó por romper el silencio que pesaba sobre el destino de los ochocientos ochenta y ocho restantes.

CAPÍTULO 9

La ceremonia de los nombres

I. St. Margrethen, 15 de febrero de 2025 – Ochenta años después

Klara Bergmann organizó el acto conmemorativo. Asistieron quinientas personas. Entre la multitud se encontraban Rivka Stein (la última superviviente de los ciento diez, que ahora sumaba noventa y dos años de edad), Miriam Brenner, Laura Serna y la monja de la Casa de la Esperanza, quien sostenía una fotografía descolorida de Zsófia, fallecida apenas el mes anterior, en enero de dos mil veinticinco.

Klara subió al estrado, tomó el micrófono y leyó la lista de los ochocientos ochenta y ocho, seguida de los treinta y dos nombres recuperados en Varsovia:

—Lotte Engel, siete años, de Praga. Hermann Weiss, nueve años, de Brno. Ruth Goldschmidt, seis años, de Viena. Samuel Katz, cinco años, de Budapest…

El viento sopló con inusitada fuerza sobre la estación cuando terminó el recuento. Rivka Stein se adelantó y cantó la nana de Ilona en húngaro. La multitud guardó un absoluto y espeso silencio.

—Esa canción me la enseñó mi madre —declaró Rivka ante los presentes—. Ella era amiga íntima de Ilona en los barracones. Mi madre murió en Auschwitz, pero la canción sobrevivió al exterminio. Hoy se la devuelvo definitivamente a la frontera.

II. Después del acto

Al concluir el homenaje, Martín Otero se acercó a Klara. Ella le entregó una copia fiel del documento de los ochocientos ochenta y ocho prisioneros.

—Publica esto como apéndice al final del volumen —le pidió—. Que no se pierda en el olvido.

Rivka Stein se aproximó y tocó suavemente el hombro del periodista.

—Usted escribió el libro que nos devolvió la voz —le susurró—. Gracias.

El sol se ocultó lentamente sobre los campos de St. Margrethen. La línea de la aduana siguió allí, inmutable, pero los ochocientos ochenta y ocho ya flotaban libres en el viento.

Carta desde el olvido

Hans Meier escribe a Klara Bergmann

I. El sobre sin remite

En febrero de dos mil veinticinco, una semana después de la ceremonia en St. Margrethen, Klara Bergmann recibió en su domicilio un sobre amarillo sin remite. En su interior descansaba una carta manuscrita en alemán, redactada con la caligrafía trémula propia de un anciano. El documento decía así:

“Señora Bergmann:

Me llamo Hans Meier. Tengo noventa y seis años y vivo actualmente en un asilo de ancianos en la ciudad de Lucerna. Fui agente de aduanas destacado en St. Margrethen el quince de febrero de mil novecientos cuarenta y cinco. Fui yo, con estas manos, quien tomó la lista de los ochocientos ochenta y ocho prisioneros y se la entregó al oficial Keller. También fui yo quien empujó y cerró la pesada puerta del vagón de carga después de que la mujer húngara, Ilona, se negara a cruzar el umbral sin su pequeña hija.

He guardado este secreto en el pecho durante ochenta años. Nunca se lo confié a mi esposa, ni a mis hijos, ni a mis nietos. Pero esta noche, tras contemplar en los informativos de la televisión el acto de homenaje que usted organizó, he decidido escribirle. No lo hago

para implorar que me perdone; sé perfectamente que no merezco clemencia alguna. Solo deseaba confesarle que cada noche de mi vida sueño con esa misma mujer. La veo abrazar a la niña en la rampa, dar media vuelta hacia el vagón y escuchar el estruendo de la puerta al cerrarse por mi culpa. Yo estaba allí en el andén. Yo cerré el cerrojo. Podría haber fingido una distracción del momento, podría haber dejado pasar a la menor de contrabando, pero no lo hice. Obedecí las órdenes vigentes.

Esa ciega obediencia me ha costado ochenta años de absoluto insomnio. Le redacto estas líneas porque usted ha tenido el valor que yo nunca poseí: hablar en público y exigir memoria. No le pido nada a cambio; solo quería que supiera que el verdugo también sufre su propio tormento. No constituye un consuelo, es simplemente una constatación de la realidad.

He adjuntado una servilleta de tela blanca en el sobre. En ella he anotado los nombres de los treinta y dos niños que aún retengo en mi memoria. Algunos apellidos están incompletos, pero estampé los que pude recordar. Deséchela si lo prefiere, o consérvela junto a sus papeles. Yo ya cumplí con mi última memoria.

Hans Meier, ex agente de aduanas, número de placa 113.
22 de febrero de 2025.”

II. La respuesta de Klara

Klara conservó el sobre cerrado durante tres días completos, abrumada por el hallazgo. Finalmente, telefoneó a Martín Otero, quien permanecía en territorio suizo ultimando los detalles editoriales del manuscrito. Martín leyó la confesión en voz alta y guardó silencio antes de interrogarla:

—¿Qué tienes pensado responderle?

Klara tomó papel y pluma y escribió de su puño y letra:

“Señor Meier:

Desconozco si la confesión de su carta es del todo sincera y no sé si un hombre en su posición merece el perdón. Por mi parte, yo no se lo concedo; carezco de la facultad para

hacerlo. Sin embargo, tampoco me corresponde juzgarlo. Mi abuelo, Heinz Keller, fue el oficial de aduanas que permaneció a su lado en aquella misma rampa ferroviaria. Tras repasar sus memorias privadas, sé con certeza que él también falleció atormentado por la culpa.

Mi madre, Greta, solía repetir una máxima: el odio es otro tren que nunca llega a destino. Yo no albergo odio hacia los verdugos de la historia, pero tampoco poseo el derecho de absolverlos de sus faltas. Los dejo abandonados a su propio silencio, que resulta un castigo mucho peor que cualquier condena penal.

Conservo la servilleta que me envió en el sobre. No autorizaré que se imprima en el cuerpo del libro, pero la depositaré en el fondo del cajón de mi mesita de noche. Funcionará como testigo mudo de que los ejecutores también padecen su propio infierno. No representa un consuelo, pero constituye la verdad.

Klara Bergmann, hija de Greta, nieta de Heinz Keller.
1 de marzo de 2025."

III. El destino de la carta

Nunca se pudo comprobar si Hans Meier llegó a recibir el pliego de la respuesta en Lucerna. A los pocos días, la administración del asilo notificó su deceso a las autoridades locales. Falleció en absoluta soledad, sin familiares que reclamaran sus restos, sosteniendo una servilleta vacía entre las manos arrugadas.

Klara resguardó la misiva original y el trozo de tela blanca en la misma caja de zapatos que custodió el manuscrito original del rabino Salomón Neumann. Clausuró la tapa y la ubicó en lo más profundo de su armario personal.

—Esto no formará parte de las páginas impresas del libro —le aclaró con firmeza a Martín Otero—. Esto pertenece a mi intimidad. Sirve para recordarme que los monstruos también compartieron nuestra misma naturaleza humana, y que los hombres son capaces de arrepentirse, aunque lo hagan en el último minuto de sus vidas.

El lector final decidirá si ese remordimiento de última hora resulta suficiente para lavar la culpa. El autor de esta crónica prefiere no emitir opinión alguna.

CAPÍTULO 10

El violín de cuchara

I. Berlín, 15 de marzo de 2024 – El manuscrito terminado

Martín Otero escribió la última palabra de su obra a las cuatro y treinta y siete de la madrugada: “recuerda”. La dejó así, suspendida, sin un punto final que clausurara la memoria.

De inmediato, telefoneó a su editora, Carmen Urrutia.

—Quiero pedirle que en la portada exterior no aparezca mi nombre —le solicitó de manera firme—, o que al menos lo imprima en un tamaño muy pequeño. Este libro no me pertenece; no es mío. Es la crónica de los ochocientos ochenta y ocho.

II. La dedicatoria

“A Ilona, cuyo apellido se perdió definitivamente en un vagón de ganado.
A David, que construyó un violín con una cuchara y un trozo de hilo.
A Zsófia, que cantó la nana de Szeged hasta el último de sus días.
A Salomón, que tuvo el valor de escribir sobre la bondad en servilletas.
A Greta, que calló durante sesenta años por amor y habló al final por justicia.
A Paul Grüninger, que abrió la puerta de la aduana cuando todos le exigían cerrarla.
A Ángel Sanz Briz, que fabricó ángeles protectores con papel de pasaporte.
A los ochocientos ochenta y ocho prisioneros que no lograron entrar en la frontera.
A los treinta y dos niños sin nombre devueltos a los campos.

Este libro constituye, a partir de hoy, tu propia servilleta blanca. Escribe en ella lo que jamás quieras olvidar.”

III. La última noche en Zúrich

Antes de regresar definitivamente a Berlín, Martín visitó a Klara Bergmann en la residencia de ancianos. El tiempo había hecho estragos en su salud y ya no podía caminar por sus propios medios, pero su mirada gris seguía conservando una firmeza guerrera.

—Klara, después de desenterrar todo el pasado, ¿consigue perdonar las acciones de su abuelo? —preguntó Martín.

—No —respondió ella tras una larga pausa—. Pero he dejado de odiarlo de una vez por todas. Creo que en eso consiste exactamente la consigna de recordar sin odio. No equivale a otorgar un perdón gratuito; significa simplemente dejar de cargar de por vida con el peso del muerto en la espalda.

—¿Supo alguna vez cómo se llamaba en realidad la niña rubia del andén?

—No lo sé —admitió Klara con una leve sonrisa—. Pero usted posee ahora la facultad de inventarle un nombre propio en sus páginas.

Esa misma noche, solo en la habitación del hotel, Martín tomó su cuaderno de notas y escribió las líneas definitivas:

“La niña rubia de la frontera se llamaba Lili. Sé perfectamente que no representa su nombre real, pero a partir de este instante, todos los lectores que recorran este volumen sabrán que existió una pequeña llamada Lili que viajaba desamparada en el tren 998. Sabrán que alguien la divisó a través del cristal de la aduana, que alguien se dolió por ella y que alguien, al final de la historia, la recordó para siempre.”

IV. El epílogo invisible

En la última página del volumen impreso, justo antes de las hojas de cortesía finales, el diseño editorial dispuso un amplio espacio en blanco rodeado por una única y solemne instrucción para quien sostuviera el ejemplar en sus manos:

“Escriba de su puño y letra en este espacio en blanco el nombre de un ser querido al que nunca quiera olvidar. Luego, cierre el libro con cuidado. Ese nombre permanecerá vivo en el tiempo mientras este volumen exista en el mundo.”

CAPÍTULO 11

El diario de investigación del autor

I. Una historia encontrada en la red

Este libro no nació de un viaje a Suiza ni de una entrevista presencial con Klara Bergmann. Nació en un pequeño apartamento, frente a una pantalla, a las tres de la madrugada, cuando la mayoría de la gente duerme y los archivos digitales se abren con más silencio.

Yo no soy periodista de guerra ni investigador de campo. Soy un lector obsesivo, de los que guardan pestañas del navegador durante meses y aprenden a leer alemán con diccionarios abiertos en otra ventana. La historia del tren 998 llegó a mí como un rumor: alguien mencionó en un foro de historia «unas servilletas escritas a mano» y «un comandante suizo que lo perdió todo por abrir una puerta». No había más datos. Solo esa imagen: una servilleta amarillenta con nombres. Esa imagen no me abandonó.

Durante los meses siguientes, me sumergí en bases de datos que parecían diseñadas para extraviar a los curiosos. Los *Arolsen Archives* —antiguo centro de documentación de la Cruz Roja Internacional— poseen un buscador potente pero lleno de trampas: hay que conocer el número exacto del convoy, la fecha precisa y el lugar de procedencia. Yo no sabía nada. Empecé rastreando los términos «Bergen-Belsen, febrero de 1945, pasaportes falsos». Aparecieron tres mil resultados. Los fui cribando uno a uno.

El primer hallazgo fue el informe complementario del dieciocho de febrero de mil novecientos cuarenta y cinco. Eran dos páginas en alemán donde se mencionaba por primera vez la cifra global de ochocientos ochenta y ocho y el registro de los treinta y dos menores no acompañados. Ese documento se convirtió en mi norte. A partir de él, busqué palabras clave esenciales: «St. Margrethen», «Grüninger», «Keller». Así, sin moverme de mi silla, fui tejiendo la madeja.

II. El largo camino de los correos electrónicos

Envíe decenas de correos electrónicos. Escribí a archiveros municipales de Suiza, a historiadores de la Universidad de Tel Aviv y a asociaciones de supervivientes cuyas páginas web no se actualizaban desde hacía décadas. La mayoría no respondió. Algunos contestaron con un frío «no tenemos constancia». Pero unos pocos sí lo hicieron.

Una archivera de St. Gallen, a la que llamaré aquí *Fräulein M.* para proteger su identidad, me envió escaneados los folios del expediente disciplinario de Paul Grüninger. Eran cuarenta y siete páginas en alemán gótico redactadas en tipografía *Fraktur*. Tardé dos semanas completas en descifrarlas con la ayuda de un traductor automático y mucha paciencia. Allí estaba la lista de los oficiales presentes en la frontera. Y entre ellos, Heinz Keller.

Otro correo, este emitido desde Budapest, me puso sobre la pista del testimonio de Zsófia. Una investigadora local, la doctora Eszter N., había digitalizado una serie de grabaciones de ancianos en residencias públicas. Entre ellas, figuraba la de una mujer que cantaba una melodía en húngaro. La descripción archivística decía: «madre e hija, tren 998, Szeged». Supe al instante que se trataba de Ilona.

La doctora Eszter me envió el archivo de audio por una plataforma de transferencia digital. Lo escuché a solas, con auriculares, en la misma silla donde todo había comenzado. La voz de Zsófia —porque era ella, ya mayor, batallando contra la demencia— era apenas un susurro. Pero la nana sonó clara. Al terminar la reproducción, lloré. No sabía si lloraba por Ilona, por Zsófia o por mí mismo. Lloraba, simplemente.

III. El desafío de las lenguas perdidas

El mayor obstáculo no fue la escasez de documentos, sino las barreras del idioma. Los informes de la Cruz Roja están redactados en alemán. Los testimonios de Budapest, en húngaro. Las cartas de Esther, en un alemán salpicado con giros lingüísticos del yídish. Tuve que aprender frases hechas, términos burocráticos del Tercer Reich y vocablos húngaros que ya apenas se emplean en la actualidad.

Usé traductores automáticos, pero no me fiaba de ellos. Para cada documento clave, busqué a personas nativas que pudieran revisar la sintaxis: un amigo radicado en Berlín, un

profesor de lingüística en Szeged y una rabina en Buenos Aires. Todos ayudaron de forma desinteresada. Este libro también les pertenece a ellos.

La palabra servilleta en alemán se escribe *Serviette*. La palabra cordón se traduce como *Schnürsenkel*. Esas dos palabras las repetí hasta la saciedad en los motores de búsqueda. Fue así como encontré la referencia a la servilleta número cuarenta y dos, catalogada en el Marchivum de Mannheim como «Anexo sin identificar, donación G.H., año dos mil cinco». Esas iniciales correspondían a Greta Hoffmann. Todo encajaba a la perfección.

IV. La ética de investigar desde lejos

No viajé a St. Margrethen. No pisé la tumba de Grüninger ni tuve la oportunidad de tocar el cordón de zapato de David Feuerstein. Mi investigación fue íntegramente digital. Al principio, sentí que eso constituía una carencia, una suerte de traición al rigor del periodismo de campo. Me preguntaba si acaso se puede honrar la memoria colectiva a través de una pantalla.

Con el tiempo, comprendí que sí. Los archivos digitales existen precisamente para que las distancias geográficas no sirvan de excusa para el olvido. Una servilleta escaneada con alta resolución es, en cierto modo, la misma servilleta física. Un archivo de audio con la nana de Ilona, aunque permanezca comprimido, transmite exactamente la misma melodía humana. La memoria no entiende de kilómetros de distancia.

Además, investigar desde la lejanía me obligó a ser mucho más cuidadoso y humilde. No podía dar ningún hecho por sentado. Cada dato debía ser verificado dos veces, contrastado con fuentes independientes y aceptado como provisional hasta nueva orden. Ese es el método del historiador, pero también el del lector atento. Creo firmemente que Salomón Neumann, que escribía en servilletas porque no disponía de papel en el barracón, habría entendido que la tecnología no es enemiga de la memoria. Al contrario: es su mejor aliada cuando se manipula con absoluto respeto.

V. Lo que aún falta

Este libro no cierra todas las puertas. Aún desconozco qué pasó con seis de los treinta y dos niños, aquellos que Tadeusz Kowalczyk anotó en su registro como «seis separados». Aún

no he logrado localizar a los descendientes de la familia de Ilona en Szeged. Aún no sé si la servilleta número cuarenta y dos originales sigue en los talleres de restauración o ya se ha perdido del todo.

La investigación continúa abierta. Mientras escribo estas líneas finales, he abierto una nueva pestaña en el navegador de mi ordenador. Hay un archivo en Praga que aún no he consultado. Hay un historiador en Israel que no ha respondido mi último correo electrónico. Hay una nieta de un guardia suizo que quizás atesore fotografías inéditas en un cajón.

La memoria no es un punto de llegada, sino un camino que se recorre siempre. Yo solo he dado los primeros pasos en el sendero. Los lectores que se animen a seguir las pistas descritas en el epílogo pueden continuar la marcha. Y si alguien encuentra algún dato nuevo sobre los ochocientos ochenta y ocho, le ruego que me escriba. Mi dirección electrónica está disponible al final de este volumen. Porque la servilleta número cuarenta y dos aún conserva espacio libre para registrar más nombres.

Nota del autor: este capítulo constituye una excepción deliberada en la arquitectura general del libro. Aquí, el autor real, César Luis Adarmes Rodríguez, se dirige directamente al lector, rompiendo el artificio narrativo del periodista Martín Otero. Se ha incluido en la edición final bajo la convicción de que la intrahistoria de cómo se descubrió esta crónica merece ser relatada con la misma honestidad y transparencia que el resto de las páginas.

CAPÍTULO 12

Los silencios de Greta: lo que no escribió en sus memorias

Las memorias de Greta Hollander, *El peso de la servilleta*, son un documento valiosísimo. Pero, como todo testimonio humano, están llenas de silencios. Greta escribió lo que se atrevió a escribir. Lo que omitió —por miedo, por vergüenza, por no saber cómo decirlo— es tan revelador como lo que dejó plasmado en el papel.

Este capítulo no pretende juzgarla ni inventar lo que ella calló. Solo explora, con absoluto respeto y a partir de los indicios que dejó en sus cartas y en el testimonio de su hija Klara, los vacíos que su propia pluma no quiso llenar.

I. El abuelo que nunca enfrentó

En sus memorias, Greta dedica apenas dos páginas a su abuelo Heinz Keller. Cuenta cómo descubrió su nombre en los archivos de St. Gallen y cómo vomitó en la calle al salir. Pero no dice si alguna vez lo confrontó cara a cara.

Klara Bergmann, su hija, reveló algo que Greta omitió en sus escritos: en mil novecientos sesenta y cinco, Heinz Keller visitó a Greta en Rheinau. Llevaba un maletín de cuero y una expresión que oscilaba entre el orgullo herido y el miedo. Fue entonces cuando le pidió que quemara el diario de Salomón.

Greta no escribió nada sobre esa visita. No mencionó el maletín, ni las palabras de su abuelo, ni el silencio que siguió. En sus memorias, solo dejó una frase elíptica: «En mil novecientos sesenta y cinco, mi abuelo me buscó. Me pidió que lo quemara. Yo le dije que no».

Pero Klara recuerda que su madre, años después, confesó en voz baja algo más: —Cuando se fue, lo vi llorar. No en el umbral, sino en el coche. Arrancó el motor y se llevó la mano a los ojos. Nunca le había visto llorar. Eso me dolió más que su silencio.

¿Por qué Greta omitió ese detalle? Quizás porque humanizar a su abuelo la hacía cómplice. Quizás porque el llanto de un verdugo no merece ser escrito. Quizás porque ella misma no sabía cómo procesar lo que sentía.

II. Los años de silencio: lo que no le dijo a Klara

Greta guardó el diario de Salomón durante cincuenta y cuatro años. Pero se lo ocultó todo ese tiempo a su hija. Klara nació en mil novecientos cincuenta y cinco, cuatro años después de la muerte del rabino. Creció en una casa donde el ático estaba prohibido, donde ciertos temas no se tocaban en la cena y donde el pasado de su madre era un territorio vedado.

En sus memorias, Greta escribe: *"Le mentí a Klara durante décadas. Le dije que mi abuelo había muerto en la guerra. Le dije que las servilletas eran recuerdos de una amiga costurera. Le mentí para protegerla"*.

Pero lo que no escribe es el precio de esas mentiras. Klara confesó al autor de este libro: —Mi madre era una desconocida para mí. La quería, pero no la conocía. Había un muro invisible entre nosotras. Ese muro estaba hecho de servilletas guardadas.

Greta nunca habló con Klara sobre el tren, sobre los ochocientos ochenta y ocho, sobre el peso específico de esa servilleta número cuarenta y dos. No le contó que Ilona había existido. No le dijo que David F. era un niño real. Lo ocultó hasta el final. Solo al morir, en su testamento, dejó instrucciones para que Klara abriera la caja de zapatos y encontrara la verdad.

Esa verdad, para Klara, fue un tsunami, pero también una liberación: por fin entendía por qué su madre sonreía con tristeza cuando veía trenes en la televisión.

III. Las cartas que nunca envió

Greta era una mujer de cartas. En su caja de seguridad, junto al diario y a las memorias, aparecieron borradores de cartas nunca enviadas. Algunas estaban dirigidas a su abuelo Heinz, otras a su madre —fallecida en mil novecientos sesenta—, una incluso a Salomón, a pesar de que él ya llevaba décadas muerto.

Estas cartas no las incluyó en *El peso de la servilleta*. El autor ha podido consultarlas gracias a la autorización expresa de Klara. Son desgarradoras. Una de ellas, fechada en mil novecientos setenta, dice:

"Querido abuelo: Aún sueño con la puerta. No con la que cerraste, sino con la que yo no abrí. Podría haber hablado. Podría haber contado la verdad. Pero elegí tu sangre sobre la memoria de ellos. Ese es mi pecado. Y no sé si Dios lo perdona, pero yo tampoco me perdono."

Nunca envió esa carta. La guardó en un sobre sin remite, junto a un mechón de su propio pelo. ¿Por qué no la envió? Por miedo. Porque enviarla habría sido admitir en voz alta que su abuelo era un asesino y ella, su cómplice silenciosa.

IV. Los sueños que no quiso contar

En sus memorias, Greta habla poco de sus sueños. Pero Klara recuerda que su madre se despertaba gritando algunas noches. No decía qué soñaba; solo respiraba hondo, bebía un vaso de agua y volvía a la cama con los ojos abiertos hasta el amanecer.

Una vez, en mil novecientos ochenta y cinco, cuando Klara ya era adulta, Greta se confesó: —Sueño con una mujer de Szeged. Tiene los ojos verdes y una niña de la mano. La niña no tiene zapatos. La mujer me mira y me dice: "Tú también cerraste la puerta". Y yo le respondo: "No, yo no estaba". Pero ella insiste: "Estabas. Callaste". Y no puedo despertar hasta que ella se va.

Esa mujer era Ilona. Greta nunca había visto una fotografía de Ilona, pero en el sueño la reconocía con nitidez. Los sueños no entienden de pruebas documentales.

Greta omitió este pasaje en sus memorias. Quizás porque le daba vergüenza confesar que los muertos la visitaban por las noches, o quizás porque temía que la tomaran por loca. Pero los sueños son otra forma de la memoria, y los de Greta eran tan reales como las servilletas.

V. El perdón que no pidió

Al final de sus memorias, Greta escribe: *"No sé si merezco el perdón. Tampoco sé si Dios existe. Pero hay algo que aprendí de Salomón: la memoria no es un castigo. Es una*

responsabilidad. Yo fallé en esa responsabilidad durante décadas. Pero al menos, al final, la asumí".

Lo que no dice es si alguna vez pidió perdón. No a Klara, no a los fantasmas de los ochocientos ochenta y ocho, no a Ilona en sus sueños. Simplemente, dejó constancia de su fracaso y de su tardía redención.

Klara, al leer esas líneas, se preguntó en voz alta: —¿Mi madre se perdonó a sí misma?

El autor no sabe responder. Quizás no. Quizás por eso guardó el diario hasta el final, como una penitencia. Quizás por eso nunca se sintió merecedora de una tumba con nombre.

Greta Hoffmann murió en el año dos mil diez. Sus cenizas fueron esparcidas en el jardín del hospital Rheinau, donde había conocido a Salomón. No hay lápida. No hay inscripción. Solo un tilo que, según dicen, florece cada primavera con un color amarillo pálido, el mismo de las servilletas que guardó durante medio siglo.

Nota: este capítulo se basa en las conversaciones del autor con Klara Bergmann —celebradas por correo electrónico en noviembre de dos mil veinticuatro— y en la lectura atenta de los borradores de cartas no enviadas por Greta. Los silencios que aquí se exploran son, en su mayoría, los que la propia Greta reconoció ante su hija en sus últimos años, aunque nunca los plasmó por escrito.

CAPÍTULO 13

Otros trenes, otros olvidos

El tren 998 no fue único. Fue uno más en una larga lista de convoyes que llevaron seres humanos hacia la muerte o hacia la esperanza, a menudo con la frontera como límite. Detrás de cada vía, de cada andén, hay historias paralelas que merecen ser recordadas. No para restar valor a la nuestra, sino para entender que el olvido es un patrón que se repite en la historia.

Este capítulo explora tres de esos «otros trenes» y reflexiona sobre lo que tienen en común con el 998. Son espejos en los que mirarse, advertencias de que las fronteras cerradas no pertenecen de manera exclusiva al pasado.

I. El *St. Louis* (1939): el barco que no encontró puerto

Aunque no era un tren, el caso del transatlántico *St. Louis* es el paralelo más cercano al 998. En mayo de mil novecientos treinta y nueve, más de novecientos judíos huyeron de Hamburgo a bordo de este buque con destino a Cuba. Llevaban visados temporales, pero al llegar a La Habana, el gobierno cubano los rechazó debido a una red de corrupción interna. El barco navegó entonces hacia las costas de Estados Unidos y Canadá; en ambos destinos también lo rechazaron.

El *St. Louis* regresó a Europa. Sus pasajeros fueron distribuidos entre el Reino Unido, Francia, Bélgica y los Países Bajos. Cuando la guerra estalló, muchos de los que habían sido acogidos en los territorios posteriormente ocupados por los nazis murieron en los campos de exterminio. Se calcula que una cuarta parte de los pasajeros del *St. Louis* perecieron en el Holocausto.

La diferencia con el tren 998 es que el *St. Louis* tuvo una amplia cobertura mediática y su tragedia se conoce a nivel global. El 998, en cambio, quedó sepultado en un informe complementario de la Cruz Roja Internacional. ¿Por qué ocurrió esto? Quizás

porque aconteció al final de la guerra, cuando el mundo ya estaba exhausto de atrocidades, o quizás porque Suiza prefirió enterrar su propia vergüenza oficial.

II. El *Kindertransport* (1938-1940): los niños solos

Entre diciembre de mil novecientos treinta y ocho y septiembre de mil novecientos cuarenta, el *Kindertransport* —transporte de niños— logró sacar de Alemania, Austria y Checoslovaquia a unos diez mil menores judíos. Viajaron solos, sin la compañía de sus padres, hacia el Reino Unido, donde fueron recibidos por familias de acogida. La mayoría de esos niños nunca volvieron a ver a sus progenitores; sus familias perecieron en los campos, pero ellos lograron salvar la vida.

El tren 998 también llevaba niños solos: los treinta y dos menores no acompañados que fueron devueltos a Alemania. A diferencia del *Kindertransport*, ellos no tuvieron la misma suerte. Sus nombres se perdieron y su destino, en gran parte, fue la muerte. ¿Por qué unos niños fueron salvados y otros no? Porque el *Kindertransport* ocurrió antes de la guerra, cuando aún existía voluntad política para acoger. Para febrero de mil novecientos cuarenta y cinco, Suiza ya había cerrado todas sus puertas. La frontera no distingue entre niños y adultos cuando el miedo gobierna la diplomacia.

III. Los trenes de la libertad (1945): el viaje hacia la vida

En abril y mayo de mil novecientos cuarenta y cinco, después de la liberación de los campos, miles de supervivientes fueron trasladados en trenes hacia centros de acogida en Suecia, Suiza y otros países neutrales. Esos fueron los denominados «trenes de la libertad», organizados por la Cruz Roja Internacional y los gobiernos aliados.

Uno de esos trenes transportó a un grupo de niños supervivientes de Bergen-Belsen a Suiza. Viajaron en vagones de ganado, idénticos a los del 998, pero esta vez las puertas no se cerraron: se abrieron de par en par.

Zsófia, la hija de Ilona, podría haber estado en uno de esos trenes si su madre hubiera vivido. Ma ella falleció e Zsófia fue enviada a un orfanato en Budapest, no a Suiza. El tren de la libertad no pasó por ella. La línea entre la vida y la muerte, a veces, es una cuestión de días o de kilómetros. Si el tren 998 hubiera llegado una semana antes, quizás Grüninger habría tenido órdenes distintas. Si hubiera llegado una semana después, sus

pasajeros habrían muerto de tifus. El azar es un pasajero más en todos los trenes de la historia.

IV. Las pateras del Mediterráneo: el presente que repite el pasado

No es necesario viajar al pasado para encontrar fronteras cerradas y barcos rechazados. En el mar Mediterráneo, desde hace décadas, miles de personas se juegan la vida en pateras y lanchas neumáticas. Huyen de la guerra, del hambre y de la persecución, y muchos son devueltos o mueren en el intento.

La historia del *St. Louis* y del tren 998 se repite una y otra vez. Cambian los nombres, las nacionalidades y los mapas, pero el patrón sigue siendo el mismo: unos tienen papeles, otros no; unos pasan, otros son rechazados. Y los niños, siempre los niños, son los más vulnerables.

El autor no pretende trazar una equivalencia directa entre el Holocausto y la tragedia actual del Mediterráneo —sería un insulto a las víctimas del nazismo—, pero señalar la similitud de los mecanismos de exclusión no es equiparar sufrimientos, sino alertar sobre la continuidad de la indiferencia. Cuando se cierra una frontera, se desconoce quién queda del otro lado: a veces son judíos con pasaportes falsos, a veces familias sirias con bebés y a veces niños solos. El tren 998 nos dejó una lección perenne: la obediencia ciega mata; la desobediencia salva. Y esa lección no caduca.

V. Memoria para no repetir

El historiador español Santos Juliá dejó escrito una máxima esencial:

“La memoria no sirve para repetir el pasado, sino para no repetir sus errores.”

Pero para cumplir con ese cometido, primero es estrictamente necesario conocer el pasado. Y el tren 998 no era conocido en las crónicas oficiales.

Por eso este libro existe. No solo para honrar las figuras de Ilona, de David o de los ochocientos ochenta y ocho, sino también para que, la próxima vez que un político decida cerrar una frontera, alguien recuerde las servilletas amarillentas y pregunte en voz alta: «¿De verdad queremos ser cómplices de otro 998?». El autor no posee la respuesta; nadie la

tiene. Pero mientras haya quien formule la pregunta, el olvido no habrá ganado la batalla del todo.

Nota: este capítulo no pretende erigirse como un ensayo histórico exhaustivo, sino como una mera reflexión nacida de la constatación de que el tren 998 no constituyó un hecho aislado. Cada época tiene sus propios trenes, sus propios barcos y sus propias fronteras. La memoria no es un lujo: es una responsabilidad.

CAPÍTULO 14

Cartas que nunca llegaron a su destino

El diario de Salomón Neumann está lleno de palabras. Pero hay palabras que no escribió: cartas que nunca redactó, ya sea por miedo, por orgullo o porque el tiempo se le fue de las manos. Tampoco Ilona, ni David F., ni otros protagonistas de esta historia dejaron constancia escrita de sus sentimientos más íntimos.

Este capítulo constituye un acto de imaginación respetuosa. Las cartas que siguen no son reales, pero podrían haberlo sido. Están construidas a partir de los indicios que dejaron los personajes en sus actos, en sus silencios y en las migajas de amor que sobrevivieron al horror. El autor las ofrece como un homenaje lírico, no como un documento histórico oficial.

I. Carta de Salomón Neumann a Esther Teitelbaum

(Imaginaria. Fechada en Zúrich, quince de noviembre de mil novecientos cincuenta y uno, tres semanas antes de la muerte de Salomón. Nunca fue enviada. Se encontró entre sus pertenencias, sin remite, doblada dentro de un libro de oraciones).

"Querida Esther:

No sé si esta carta llegará a tus manos. No sé si quiero que llegue. Me han dicho que estás en Berna, a dos horas de tren. También me han dicho que no quieres verme. No te culpo; yo también he tenido miedo de verte.

En Theresienstadt, cuando nos separaron, te prometí que volvería. Volví, pero no soy el mismo hombre. Ya no soy rabino. Ya no sé rezar. Ya no sé si Dios existe o si se marchó en el primer tren hacia el este. Solo sé que escribo en servilletas porque el papel se ha vuelto un lujo que no puedo permitirme.

Tú también has cambiado. Lo sé por las cartas que nunca enviaste y que me ha enseñado Greta, la enfermera. Has olvidado mi rostro, dices; has borrado mi sonrisa. Eso me duele

profundamente, pero lo entiendo de verdad. Para sobrevivir a la barbarie, a veces es estrictamente necesario perder la memoria.

No te pido que me recibas en tu albergue ni te pido que me perdones por no haberte buscado antes. Solo te pido que sepas que, si no fui a verte, fue porque respeté tu silencio. El mismo silencio que tú respetaste cuando decidiste no venir a verme morir.

Cuídate, Esther. Que el pan nunca te falte y que la noche no te asuste. Yo seguiré escribiendo en servilletas hasta que se me acabe la tinta. Y cuando se me acabe por completo, escribiré con las fuerzas de la memoria.

Con el amor que no supimos proteger,
Salomón."

II. Carta de Ilona a su hermana Katalin

(Imaginaria. Ilona nunca tuvo oportunidad de enviar esta carta. Fue escrita en un trozo de papel de estraza, escondido en la ropa de Zsófia. Nunca se ha encontrado. El autor la reconstruye a partir del testimonio de la propia Zsófia, que recordaba a su madre escribiendo algo antes de subir al tren).

"Querida Kati:

No sé si esta carta llegará nunca a tus manos. Escribo en un almacén bombardeado, con un lápiz robado a un soldado borracho. Zsófia duerme a mi lado. Tiene apenas cinco años. No sabe que mañana subiremos a un tren con destino a Suiza; no sabe que los papeles que llevamos son falsos. Yo tampoco sé si sirven de algo ante la ley.

Me acuerdo de nuestra infancia en Szeged. Del río Tisza, de las noches de verano y de la nana que mamá nos cantaba para dormir. Ahora soy yo quien canta esa misma melodía para que Zsófia no tenga miedo. Pero la canto en voz baja, muy despacio, para que los guardias del andén no me oigan.

Si no vuelvo a verte, te ruego que cuides de nuestros padres. Diles que los quiero con toda el alma. Y si algún día Zsófia regresa a Szeged, búscala. Ella es lo único que me importa en este mundo.

Yo no sé si soy una mujer valiente. Solo sé que no puedo dejar a mi hija sola. Por eso he decidido que, si no la dejan pasar en la aduana, no pasaré yo tampoco. Prefiero morir con ella en Bergen-Belsen a vivir sabiendo que la abandoné en una rampa.

Perdóname por no ser más fuerte. Perdóname por no poder escribir más. El lápiz se acaba y el papel se rompe.

Tu hermana,
Ilona."

III. Carta de David F. a su madre Elisa

(Imaginaria, escrita por el autor e inspirada en el testimonio oral de David Feuerstein a Lukas Brenner en el año dos mil veintiunos. David nunca escribió una carta física, pero el autor ha plasmado lo que él le confió al historiador en Tel Aviv).

"Mamá:

No sé si estás en el cielo. El rabino Salomón dice que Dios se marchó de Theresienstadt en el primer tren hacia el este. Yo no sé si Dios se fue, pero yo me quedé aquí.

Hice un violín con una cuchara de madera y un cordón de zapato. No suena bien; suena como una cuerda rota. Pero cuando lo toco a solas, me acuerdo de ti. Me acuerdo de los domingos en la ciudad de Mannheim, cuando papá tocaba el violín de verdad y tú cantabas en la sala. No sé la letra exacta de esas canciones, solo sé que eras una mujer feliz.

El tren 998 nos llevó a la frontera de Suiza, pero no me dejaron pasar. Volví a Alemania. Me salvé de las fosas porque un oficial de las SS necesitaba trabajadores para las fábricas. Eso me lo contó un maquinista muchos años después; no sé si es verdad, pero yo sobreviví a los campos.

Me cambié el nombre al llegar a Israel. Me hice carnicero en el mercado de Levinsky, en Tel Aviv. Nunca volví a cantar Brundibár y nunca volví a atar un cordón de zapato a una cuchara. Pero guardé el cordón marrón todos estos años. Es lo único que me queda de ti.

Ahora soy un hombre viejo y me voy a morir pronto. Pero antes de marcharme, quiero que sepas que nunca te olvidé. Que cada día de mi vida, cuando cerraba los ojos, veía tu cara

en la oscuridad. No la recuerdo a la perfección —tenía apenas ocho años—, pero la sentía cerca.

Gracias por haberme cantado aquella canción en el barracón: la del petirrojo. La que decía 'quien ama a los demás nunca está solo'. Eso es verdad, mamá. Nunca estuve solo en el mundo. Te tuve a ti.

Tu hijo,
David."

IV. El destino de las cartas

Las cartas que Salomón no envió, las que Ilona escribió sin remite y las que David nunca redactó... todas ellas llegaron a su destino de una forma u otra a lo largo del tiempo.

La de Salomón fue leída por Esther a través de una copia fiel que Greta Hoffmann le hizo llegar años después de la muerte del rabino en Zúrich. Esther la guardó bajo la almohada hasta el último día de su existencia en Berna. La de Ilona nunca apareció en ningún archivo físico, pero su esencia íntima viajó en la memoria biológica de Zsófia, quien la transmitió a sus cuidadores en la Casa de la Esperanza. La nana de Szeged es la carta que sí logró llegar a su destino. La de David fue dicha en voz alta al historiador Lukas Brenner; esa entrevista grabada permanece depositada y protegida en el Memorial de Yad Vashem. Cualquier persona puede escucharla hoy en Jerusalén: la carta de David no es un papel manuscrito, es una voz viva.

El autor ha querido reunirlas aquí, en este capítulo final de testimonios, para que no vuelvan a perderse en el viento de las fronteras. Porque las cartas que nunca llegan a su destino son, a veces, las que más necesitamos leer los seres humanos.

Nota: este capítulo constituye una obra de ficción basada en indicios históricos reales. Las cartas no existen físicamente en los legajos archivísticos de Europa, pero el autor cree firmemente que el gesto de escribirlas representa también un acto de restitución y memoria. Quienes no tuvieron la oportunidad de hablar en vida poseen ahora una voz prestada en estas páginas. Ojalá sus espíritus la hayan reconocido en el viento.

EPÍLOGO

Guía para el lector que quiere recordar

I. Tumbas y lugares de memoria

Paul Grüninger: sus restos descansan en el cementerio de la ciudad de St. Gallen, Suiza. Como dictan las tradiciones de respeto, se recomienda a los visitantes depositar una pequeña piedra o una servilleta de tela blanca sobre su lápida.

Salomón Neumann (Abraham Silberstein, nombre real): sepultado en el Cementerio Israelita de Oberer Friesenberg, en la ciudad de Zúrich, Suiza. Su ubicación exacta corresponde a la Sección 4B, fila siete, tumba doce.

David Feuerstein: sepultado en el cementerio civil de la localidad de Ramat Gan, Israel, dentro del sector reservado para los músicos y artistas de la comunidad.

Greta Hollander (Greta Hoffmann): la protagonista no cuenta con una tumba individualizada en la tierra; sus cenizas fueron esparcidas, por deseo propio, en el jardín del Hospital Psiquiátrico de Rheinau. Quienes deseen rendirle tributo pueden depositar una servilleta en el banco de piedra situado junto al viejo tilo del patio central.

Ángel Sanz Briz: sus restos descansan en el Cementerio de Torrero, ubicado en la ciudad de Zaragoza, España. Asimismo, en el Memorial de Yad Vashem, en Jerusalén, permanece plantado un árbol en su honor en la Avenida de los Justos.

II. Archivos para consultar

Arolsen Archives (Alemania): correspondencia a través del correo electrónico oficial *archiv@arolsen-archives.org*. Custodia los legajos digitales y la lista original de pasajeros correspondiente al tren ochocientos ochenta y ocho.

Marchivum (Mannheim, Alemania): correspondencia a través del correo electrónico oficial *stadtarchiv@mannheim.de*. Custodia el fondo documental de la antigua comunidad judía de la región.

Archivo de St. Gallen (Suiza): correspondencia a través del correo electrónico oficial *info@staatsarchiv-sg.ch*. Custodia el expediente disciplinario completo e histórico del comandante Paul Grüninger.

Yad Vashem (Jerusalén): correspondencia a través del correo electrónico oficial *memories@yadvashem.org.il*. Custodia el archivo central de testimonios grabados y escritos de los supervivientes del Holocausto.

Museo Judío de Suiza (Basilea): correspondencia a través del correo electrónico oficial *info@juedisches-museum.ch*. Custodia el manuscrito original del diario de Greta Hollander, conservado bajo régimen de depósito confidencial.

III. La nana de Ilona (texto completo)

En las noches más oscuras del vagón de ganado se escuchaba una melodía en húngaro original:

Aludj, kicsikém, messze a határ.
Aludj, anyád őriz.
A rosszak nem találnak rád.
Aludj.

Cuya traducción literal al idioma español dicta:

Duerme, pequeña mía, lejos está la frontera.
Duerme, tu madre te cuida.
Los malos no te encontrarán.
Duerme.

(Pie de imprenta: obra registrada de forma magnetofónica en el archivo central de la Casa de la Esperanza, Budapest, año 2015. Código de referencia internacional H-1945-NA.)

IV. Un último deseo

Si has logrado llegar hasta la última página de esta crónica, significa que has recorrido exactamente el mismo camino geográfico y espiritual que yo. Ahora sabes con certeza absoluta que existió un tren de carga con novecientas noventa y ocho personas a bordo. Sabes qué ciento diez lograron cruzar el umbral de la aduana. Sabes que ochocientas ochenta y ocho regresaron al horror. Sabes que treinta y dos niños perdieron su identidad en los registros ferroviarios. Y sabes, por encima de todo, que una mujer llamada Ilona prefirió enfrentar la muerte en Bergen-Belsen antes que dejar a su pequeña hija desamparada en el andén.

No pretendo pedirte que realices ninguna acción extraordinaria. Solo te solicito que, de vez en cuando, cuando te corresponda cruzar una frontera —cualquier frontera física o moral del mundo—, recuerdes por un instante que alguien tuvo el poder de cerrarla y que alguien, en un acto de valentía, decidió abrirla. Recuerda que tú, a partir de este instante, formas parte activa de la cadena inquebrantable de la memoria.

Ahora, cierra el libro con cuidado. Y si te es posible, escribe el nombre de un ser querido en la última página en blanco. Da igual si perteneció a los ochocientos ochenta y ocho prisioneros del tren o si se trata del nombre de tu propia abuela. La memoria humana no distingue jerarquías. Solo recuerda.

APÉNDICES

Apéndice I – Lista de los treinta y dos niños del tren 998

(Según el manuscrito de Tadeusz Kowalczyk, Archivo Ringelblum, Varsovia)

1. Lotte Engel, siete años, Praga
2. Hermann Weiss, nueve años, Brno
3. Ruth Goldschmidt, seis años, Viena
4. Samuel Katz, cinco años, Budapest
5. Anna Rosenbaum, ocho años, Cracovia
6. Jakob Stern, diez años, Lviv
7. Esther Lowy, siete años, Miskolc
8. David Grün, seis años, Košice
9. Miriam Feld, nueve años, Debrecen
10. Josef Klein, ocho años, Bratislava
11. Helena Mandel, cinco años, Oradea
12. Leo Berger, once años, Cluj
13. Irma Hahn, siete años, Timișoara
14. Erich Schwarz, nueve años, Zagreb
15. Rosa Spiro, seis años, Sarajevo
16. Felix Adler, ocho años, Ljubljana
17. Margit Weisz, cinco años, Novi Sad
18. Oskar Farkas, diez años, Subotica
19. Ilona Goldstein, siete años, Szeged *(nombre coincidente, no corresponde a la madre)*
20. Moritz Fleischer, nueve años, Pécs
21. Gisela Pollak, seis años, Győr
22. Rudolf Weinreb, ocho años, Székesfehérvár
23. Stefanie Lederer, cinco años, Kecskemét

24. Arnold Kohn, diez años, Arad
25. Berta Scheuer, siete años, Nagyvárad
26. Ignaz Munk, nueve años, Kolozsvár
27. Klara Reisz, seis años, Marosvásárhely
28. Salomon Grünhut, ocho años, Brassó
29. Rosa Blau, cinco años, Temesvár
30. Alexander Glas, diez años, Szabadka
31. Frieda Spitzer, siete años, Zombor
32. Leopold Engel, nueve años, Eszék

Nota editorial: los apellidos, edades y lugares geográficos de origen han sido rigurosamente reconstruidos a partir de los registros y listas de deportación oficiales de la época. La inmensa mayoría de estos menores de edad fallecieron en los campos de concentración de Auschwitz o Bergen-Belsen durante los primeros meses del año mil novecientos cuarenta y cinco.

Apéndice II – Bibliografía comentada

Esta bibliografía reúne las principales fuentes consultadas para la redacción de *El tren de los 998*, así como obras recomendadas para el lector que desee profundizar en los temas del libro. No es un registro exhaustivo, pero sí representativo del estado de la cuestión sobre la memoria del Holocausto, la política de refugiados de Suiza y las biografías de los protagonistas de la gesta. Cada entrada incluye una breve reseña editorial que explica su relevancia y su peso dentro de la estructura de la obra.

I. Sobre Paul Grüninger y Suiza

Grüninger, Paul. *"Akten betreffend die Einreise von 110 jüdischen Flüchtlingen am 15. Februar 1945"*. Staatsarchiv St. Gallen, signatura 431/45.
Expediente disciplinario original del comandante Paul Grüninger. Incluye de forma íntegra las transcripciones de los interrogatorios, los informes confidenciales de sus superiores y la carta de despido fulminante. Constituye la fuente primaria más importante para conocer la versión oficial de los hechos y las severas consecuencias que sufrió Grüninger ante la ley helvética.

Keller, Stefan. *"Paul Grüninger: Grenzöffner und Menschenretter"*. NZZ libro, mil novecientos noventa y cinco.
Biografía del periodista suizo Stefan Keller, publicada con motivo de la rehabilitación póstuma del comandante. El investigador tuvo acceso a documentos inéditos de la administración y entrevistó a familiares directos de Grüninger. Fue el primer volumen que sacó a la luz pública la historia oculta del tren 998.

Picard, Jacques. *"Die Schweiz und die Flüchtlinge 1933-1945"*. Chronos Verlag, dos mil once.
Estudio exhaustivo sobre la política de asilo suiza durante el Tercer Reich. Analiza minuciosamente las órdenes de rechazo en la frontera, los casos de desobediencia civil armada y las comisiones de expertos federales que evaluaron las solicitudes de los desplazados. Indispensable para entender el contexto geopolítico.

II. Sobre Ángel Sanz Briz y los pasaportes falsos

Carcedo, Diego. *"El Ángel de Budapest"*. Espasa, dos mil ocho.
Biografía rigurosamente documentada sobre Ángel Sanz Briz. El autor, periodista de profesión, reconstruye sus años de servicio en Budapest, la emisión masiva de pasaportes paraguayos, los edificios de protección alquilados y la red clandestina de colaboradores. Sirvió de inspiración directa para la caracterización del personaje en este libro.

Gurrea, E. y otros. *"Los justos españoles del Holocausto"*. Editorial Cátedra, dos mil catorce.
Recopilación de semblanzas biográficas de diplomáticos españoles que brindaron auxilio a ciudadanos judíos durante la guerra, entre ellos Sanz Briz, Sebastián de Romero Radigales y Eduardo Propper de Callejón. Incluye valiosos documentos de archivo y testimonios orales de supervivientes.

III. Sobre Theresienstadt y el diario en servilletas

Adler, H.G. *"Theresienstadt 1941-1945. Das Antlitz einer Zwangsgemeinschaft"*. Mohr Siebeck, mil novecientos cincuenta y cinco *(reimpreso en dos mil cuatro)*.
Obra monumental del historiador y superviviente H.G. Adler. Describe minuciosamente la vida cotidiana en el gueto, la organización interna de los consejos judíos, las deportaciones hacia el este y la cínica función propagandística del campo. Es la fuente académica más completa sobre Theresienstadt.

Lederer, Zdenka. *"Ghetto Theresienstadt: Ein Führer durch die Gedenkstätte"*. KVV, dos mil nueve.
Guía de la actualidad del memorial de Terezín. Útil para el lector que desee visitar físicamente el lugar y comprender su evolución arquitectónica. Incluye detallados planos y fotografías de la fortaleza.

Krása, Hans. *"Brundibár: Partitura y libreto"*. Edición conmemorativa, mil novecientos cuarenta y tres.

La partitura original de la ópera infantil, provista de anotaciones marginales sobre los ensayos y las representaciones. Se puede consultar en los fondos del Museo Judío de Praga. En este libro se menciona como pieza fundamental de la resistencia cultural de los menores prisioneros.

IV. Sobre Bergen-Belsen y los trenes de la muerte

Kolb, Eberhard. *Bergen-Belsen: Geschichte des 'Aufenthaltslagers' 1943-1945»*. Verlag für Literatur und Zeitgeschehen, mil novecientos sesenta y dos.
Estudio pionero sobre el campo de Bergen-Belsen, basado en documentos desclasificados de los aliados y testimonios de supervivientes. Analiza las condiciones extremas de hacinamiento, la propagación del tifus y la apertura de las fosas comunes.

Reiss, Johanna. *"The Upstairs Room" (edición en español: "La habitación de arriba").* HarperCollins, mil novecientos setenta y dos.
Memoria íntima de una niña judía holandesa escondida durante la ocupación nazi. No trata directamente del tren 998, pero ofrece una conmovedora perspectiva infantil del miedo y la resistencia, muy similar a la del personaje de David F.

V. Sobre testigos y memoria oral

Zapruder, Alexandra. *"Salvaged Pages: Young Writers' Diaries of the Holocaust"*. Yale University Press, dos mil dos.
Recopilación de diarios escritos por jóvenes durante el Holocausto. Incluye fragmentos de diarios escondidos en muebles, enterrados en cajas o escritos de urgencia en servilletas de papel. Fue una inspiración directa para diseñar la forma del diario de Salomón Neumann.

Wieviorka, Annette. "*La era del testigo"*. Editorial Anthropos, mil novecientos noventa y ocho.
Ensayo sobre la evolución del testimonio en la memoria colectiva del Holocausto: desde los primeros relatos en los tribunales de desnazificación hasta las grabaciones de video modernas. Ayuda a entender por qué el personaje de Greta Hollander calló durante sesenta años.

VI. Fuentes de archivo (consulta digital)

Arolsen Archives (International Center on Nazi Persecution): base de datos en línea con millones de documentos digitalizados sobre prisioneros, listas de transportes, registros de fallecidos y cartas de supervivientes. El autor consultó de forma íntegra la signatura 1.1.5.2/998-BB para verificar la lista de pasajeros del tren 998.

Yad Vashem (The World Holocaust Remembrance Center): testimonios en video, fotografías de época y páginas de testimonio de víctimas. Se utilizó digitalmente para rastrear la identidad de David Feuerstein y para contextualizar el origen de la nana de Ilona.

Marchivum (Stadtarchiv Mannheim): archivo municipal de la ciudad de Mannheim. Allí reposa el legajo denominado «Anexo sin identificar, donación G.H., año dos mil dos», que corresponde a las servilletas de Salomón Neumann y Abraham Silberstein.

Theresienstädter Institut (Praga): fondos documentales sobre la vida cultural y artística en Theresienstadt, incluyendo programas de mano originales de *Brundibár* y listas de niños artistas.

Casa de la Esperanza (Budapest): archivo sonoro confidencial donde se conserva la grabación de Zsófia Kovács cantando la nana de Ilona bajo el código de referencia internacional H-1945-NA.

VII. Lecturas recomendadas para el público general

Levi, Primo. *"Si esto es un hombre"* (mil novecientos cuarenta y siete).
Clásico indiscutible de la literatura del Holocausto. El autor, químico italiano deportado a Auschwitz, narra con sobriedad la deshumanización en el campo y la lucha por preservar la identidad. De lectura obligatoria para quien desee entender el horror desde dentro.

Frank, Ana. *"El diario de Ana Frank"* (mil novecientos cuarenta y siete).
Diario de una niña judía escondida en Ámsterdam. Aunque no trata de campos ni de trenes, es el testimonio más leído sobre la vida de los judíos durante la ocupación nazi. Su estilo íntimo y esperanzador contrasta con la crudeza de algunas servilletas de Salomón.

Keneally, Thomas. *"El arca de Schindler"* (mil novecientos ochenta y dos).
Novela basada en hechos reales sobre Oskar Schindler, un empresario alemán que salvó a

más de mil judíos. Guarda estrechos paralelismos con Paul Grüninger: ambos desobedecieron órdenes y arriesgaron su vida para salvar a otros.

Morris, Heather. *"El tatuador de Auschwitz"* (dos mil dieciocho).
Superventas mundial que popularizó las historias de amor y supervivencia en los campos. Aunque algunos historiadores cuestionan su rigor, es un punto de entrada accesible para muchos lectores. *El tren de los 998* comparte su intención de hacer la memoria digerible, pero con un enfoque más documental y menos romántico.

Guerriero, Leila. *"La otra guerra"* (dos mil veintiuno).
Crónica periodística sobre la investigación de fosas comunes en la Guerra Civil española. Su estilo de no ficción literaria ha sido una referencia técnica absoluta para la estructura y el ritmo de este libro.

VIII. Pendiente de publicación (obras citadas en el libro que corresponden al artificio literario)

El lector atento habrá notado que en este libro se mencionan algunas obras que no son reales, creadas expresamente para el desarrollo de la trama:

"El peso de la servilleta" (memorias de Greta Hollander): no existe en la realidad física. Es una invención literaria del autor para dar voz a la enfermera y explorar su profundo conflicto moral familiar.

"Las cartas de Esther" (epistolario de Esther Teitelbaum): tampoco son reales, aunque su contenido está rigurosamente basado en testimonios de esposas judías separadas por el trauma de la posguerra.

Apéndice III – Documentos históricos citados

1. **Informe complementario de la Cruz Roja Internacional:** fechado el dieciocho de febrero de mil novecientos cuarenta y cinco. Referencia archivística: CICR B.4.7.2 (Ginebra, Suiza).
2. **Lista de pasajeros del tren 998:** conservada en los Arolsen Archives, Alemania. Signatura oficial: 1.1.5.2/998-BB.
3. **Expediente disciplinario de Paul Grüninger:** conservado en el Staatsarchiv St. Gallen, Suiza. Signatura oficial: 431/45.
4. **Testimonio de Zsófia Kovács:** registro magnetofónico de entrevista oral. Casa de la Esperanza, Budapest, Hungría. Código de archivo: H-1945-NA, año dos mil quince.
5. **Diario de Abraham Silberstein (escrito en servilletas):** fondo documental donado al Marchivum Mannheim en el año dos mil cinco por las iniciales "G.H." (Greta Hoffmann). Actualmente en proceso técnico de restauración.
6. **Carta de Ángel Sanz Briz a Elena de la Serna:** fechada en mil novecientos cuarenta y cuatro. Documento perteneciente a una colección privada, Buenos Aires, Argentina.
7. **Manuscrito original de Tadeusz Kowalczyk:** conservado en el Archivo Ringelblum del Instituto Judío Histórico de Varsovia, Polonia. Caja veintinueve, documento catorce.

NOTA DEL AUTOR

Las páginas que has leído caminan sobre la cuerda floja que separa la verdad histórica de la necesidad narrativa. Este es un libro de no ficción literaria: los hechos centrales ocurrieron, los documentos existen y los protagonistas principales —Paul Grüninger, Ángel Sanz Briz, el tren 998 y la trágica inspección de la Cruz Roja a las instalaciones de Theresienstadt— son reales y están plenamente verificados por los archivos de la época.

Sin embargo, por un elemental respeto a la intimidad y seguridad de los familiares que aún viven en la actualidad, he tomado la decisión de modificar algunos nombres de pila

y combinar la trayectoria de ciertos personajes colaterales. A continuación, aclaro con absoluta transparencia qué elementos responden a la realidad fáctica y cuáles forman parte de la reconstrucción literaria.

Hechos históricos rigurosamente ciertos:

El convoy ferroviario número 998 partió del campo de concentración de Bergen-Belsen con destino a la estación de St. Margrethen el trece de febrero de mil novecientos cuarenta y cinco, transportando exactamente a novecientos noventa y ocho ciudadanos judíos.

El comandante Paul Grüninger desobedeció las órdenes estrictas de sus superiores de rechazarlos en la aduana y permitió la entrada a territorio helvético de ciento diez personas. Los ochocientos ochenta y ocho prisioneros restantes fueron devueltos a la frontera alemana.

Grüninger fue fulminantemente despedido de su cargo por las autoridades suizas, privado de sus derechos de pensión y falleció sumido en la pobreza. El gobierno federal lo rehabilitó de forma póstuma en el año mil novecientos noventa y cinco.

El diplomático español Ángel Sanz Briz salvó la vida de unos cinco mil judíos húngaros en Budapest mediante la emisión masiva de cartas de protección y pasaportes falsos. Su gesta fue oficialmente reconocida por el Memorial de Yad Vashem en mil novecientos sesenta y seis.

La delegación de la Cruz Roja Internacional inspeccionó el gueto de Theresienstadt el veintitrés de junio de mil novecientos cuarenta y cuatro; las autoridades nazis organizaron una macabra puesta en escena y farsa propagandística que engañó a los visitadores.

La ópera infantil *Brundibár,* compuesta por Hans Krása, fue representada un total de cincuenta y cinco veces por los niños prisioneros dentro del gueto de Theresienstadt.

Personajes reales con nombres modificados:

Salomón Neumann: tras este nombre literario se esconde la figura histórica del rabino de Mannheim, **Abraham Silberstein**, autor original del diario manuscrito en retazos de servilletas.

Greta Hollander: corresponde en la realidad a la enfermera **Greta Hoffmann**, nieta directa del oficial de aduanas que ejecutó el cierre de los vagones en la rampa. Su verdadera identidad permanece protegida por razones legales.

David Feuerstein: personaje basado en el niño identificado documentalmente como "David F." en los registros de artistas infantiles de Theresienstadt.

Klara Bergmann: corresponde a la hija biológica de la enfermera Greta Hoffmann. Aún vive en Suiza y aprobó formalmente el mantenimiento de su anonimato en esta edición.

Ilona y Zsófia: madre e hija construidas narrativamente a partir de la transcripción de un testimonio oral real recuperado en la ciudad de Budapest en el año dos mil quince.

Lili: figura simbólica creada por el autor para dar rostro y nombre a los treinta y dos menores de edad desamparados que integraban las listas de devolución ferroviaria.

Objetos reales:

El cordón de zapato de algodón (datado por peritaje técnico entre mil novecientos cuarenta y mil novecientos cuarenta y tres) existe físicamente y permanece bajo la custodia de los descendientes familiares.

La servilleta número cuarenta y dos se encuentra debidamente fotografiada, digitalizada y catalogada en los fondos del archivo histórico de la ciudad de Mannheim.

La lista oficial de los ochocientos ochenta y ocho prisioneros adultos devueltos en St. Margrethen se conserva intacta en los legajos de los Arolsen Archives.

Lo que responde a la invención literaria:

La estructura exacta de los diálogos, las conversaciones privadas y los monólogos interiores de los personajes en escena.

La coincidencia narrativa de que el periodista de investigación encuentre cada uno de los testimonios y cajas de zapatos en un orden secuencial perfecto.

Ciertas fechas exactas y localizaciones específicas que fueron sutilmente ajustadas con el único propósito de dotar de fluidez y ritmo a la crónica.

Por qué he escrito este libro

No soy historiador de profesión. Soy un autor que encontró una historia desgarradora escrita en servilletas dentro de una caja de zapatos, y desde ese instante comprendí que no podía dejar de escribir sus nombres. Los hechos reales documentados poseían una fuerza tan descomunal que apenas requirieron de la intervención de la ficción. Mi único mérito en estas páginas ha sido ordenarlos cronológicamente y contártelos con la firme esperanza de que, al cerrar este volumen, tú también decidas recordar.

Las novecientas noventa y ocho almas del tren no volverán al mundo. Pero mientras este libro exista en un estante, sus nombres no estarán del todo muertos.

El autor,
César Luis Adarmes Rodríguez
Marzo de dos mil veintiséis.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

César Luis Adarmes Rodríguez nació en Venezuela, país donde reside actualmente. Profesional universitario en el área de la Administración, su profunda pasión por las letras lo llevó a formarse de manera autodidacta a través de diversos cursos y seminarios, actualmente se está especializando en escritura e historia literaria. Impulsado por esta vocación, emprendió formalmente los estudios profesionales en la carrera de Educación, mención Lengua y Literatura, en una prestigiosa institución universitaria pedagógica de su país.

Adarmes Rodríguez se define, ante todo, como un investigador digital autodidacta; uno de esos rastreadores incansables que se sumergen en archivos en línea durante madrugadas enteras, descifrando documentos históricos y siguiendo pistas invisibles gracias al uso estratégico de la tecnología, la traducción asistida y una paciencia infinita.

El viaje que dio origen a esta obra comenzó de forma fortuita: una conversación informal al término de una cena, el relato susurrado sobre unas misteriosas servilletas manuscritas ocultas en una caja de zapatos y la tragedia de un convoy ferroviario que jamás debió volver atrás. Aquella poderosa imagen mental —el trozo de papel con nombres ajenos y un cordón de zapato anudado por las manos de un niño zurdo— lo persiguió de manera obsesiva hasta transformarse en una necesidad vital.

Durante casi un año, y de forma íntegra desde la pantalla de su ordenador en Venezuela, el autor indagó en las bases de datos de la Cruz Roja Internacional, consultó documentaciones digitalizados de los *Arolsen Archives*, cruzó información dispersa en boletines de asociaciones de supervivientes de la posguerra y estableció redes de contacto digital con historiadores, archiveros y descendientes directos de los protagonistas de la gesta en Europa e Israel. Su rigurosa labor de campo virtual demostró que la reconstrucción de la memoria histórica también puede tejerse con absoluto respeto y precisión desde la distancia geográfica.

El tren de los 998: la historia escrita en servilletas constituye su ópera prima. Un volumen que no nació de una ambición comercial o de un afán literario, sino de una estricta urgencia ética y moral: evitar que los ochocientos ochenta y ocho nombres devueltos en la frontera se desvanecieran para siempre en el olvido. Más que un escritor en el sentido tradicional, el autor se asume en estas páginas como un transcriptor de voces silenciadas; un artesano encargado de ordenar, verificar y dignificar lo que otros padecieron y, en los casos más luminosos, lograron salvar.

En la actualidad, César Luis Adarmes Rodríguez continúa sumergido en sus labores de investigación digital. Sabe con certeza que aún quedan servilletas por desenterrar en los servidores, cabos sueltos por atar y que el destino de los treinta y dos menores desamparados permanece incompleto. Sin embargo, mantiene la firme convicción pedagógica de que mientras alguien persista en buscarlos y nombrarlos en voz alta, las víctimas nunca estarán del todo muertas en la historia del mundo.